

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 2:23-25.

Enfoque del estudio: Éxodo 1:1-2:25.

Introducción

Esta primera lección resume la larga historia del pueblo de Dios en Egipto, desde la época de José, cuando Israel prosperó enormemente, hasta su esclavitud bajo el cruel faraón que ordenó la ejecución de todos los varones hebreos recién nacidos. Sin embargo, Dios siempre interviene cuando las fuerzas del mal intentan destruir a su pueblo, pues es su Salvador. En aquella ocasión, el Señor envió a un libertador: su siervo Moisés, cuya milagrosa protección al nacer condujo a su extraordinaria inclusión en la familia del faraón como hijo adoptivo. Durante los primeros cuarenta años de su vida, Moisés recibió la mejor educación, primero de su madre y luego en las escuelas egipcias. Aunque fue entrenado para ocupar el trono de Egipto y convertirse en un gran líder, Moisés terminó en la casa de Jetro a causa de sus errores y por la providencia de Dios. Allí se casó y se convirtió en pastor de ovejas.

Temática de la lección

Es necesario celebrar el cumplimiento de las promesas de Dios y las bendiciones de la prosperidad. Los corazones agradecidos reconocen el amor y el cuidado de Dios, y que él es quien bendice y concede prosperidad y éxito. Sin embargo, no debemos perder de vista el hecho de que Dios, no nuestros logros, es el responsable de nuestra prosperidad. Olvidar que todo lo que tenemos pertenece en última instancia a Dios puede hacernos caer en la envidia y en el intento de controlar y destruir la buena obra que Dios trata de hacer por nuestro intermedio para salvar a los demás.

Las oraciones tienen diversas funciones. No solo sirven para alabar al Señor por su bondad hacia nosotros, sino también expresan peticiones y clamores de personas heridas, oprimidas, desesperadas y maltratadas que necesitan ayuda. Las personas malvadas pueden atentar contra los derechos de los demás, pero Dios promete ayudar a quienes resultan así perjudicados.

La buena noticia es que Dios escucha nuestro clamor desesperado en procura de perdón, de su presencia y de su intervención. Él ve nuestras luchas, nota nuestras lágrimas, comprende nuestra agonía y responde a nuestros gemidos.

Los oprimidos, perseguidos, explotados y marginados pueden identificarse con los relatos históricos del libro de Éxodo y aprender en virtud ellos que no están solos. Dios está con ellos a pesar del aparente silencio divino. La presencia invisible del Señor y las promesas bíblicas tienen el propósito de brindarles consuelo y la seguridad de la salvación. Dios recuerda su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Dios es fiel, cumple lo que promete e interviene a su debido tiempo, aunque el tiempo divino es a menudo diferente de nuestros finitos deseos y expectativas.

COMENTARIO

El gran personaje del libro de Éxodo no es Moisés, sino Dios y su liderazgo en la vida de aquel y de Israel. Éxodo comienza con la imagen de las bendiciones de las que Dios hizo objeto a la familia de Jacob: solo eran setenta individuos cuando siguieron a José a Egipto, pero llegaron a ser muy numerosos (Éxo. 1:7), de acuerdo con la promesa hecha por Dios a Abram (Gén. 15:5).

Sin embargo, la prosperidad de Israel se convirtió en un problema. El nuevo faraón egipcio sintió celos y temor de Israel, por lo que los esclavizó mediante el trabajo duro y la opresión. El escenario histórico más probable de estos dramáticos acontecimientos se ubica durante la época en la que gobernaba la XVIII dinastía egipcia. Amosis (1570-1546 a. C.), el primer faraón de esta dinastía, pudo ser quien no reconoció los logros de José (Éxo. 1:8) y esclavizó a los israelitas. La situación del pueblo de Dios decayó rápidamente, ya que pasó de la prosperidad y la libertad a una abyecta esclavitud a las órdenes de duros amos (Éxo. 1:11, 13, 14). El responsable de este drástico cambio fue Amenhotep I (1546-1526 a. C.). Sin embargo, cuanto más se oprimía a los israelitas, más aumentaba su número (Éxo. 1:12), por lo que creció la presión sobre el faraón para que sometiera al pueblo de Dios mediante trabajos forzados.

Esta cadena de crueldad y opresión faraónicas culminó durante el cruel reinado de Tutmosis I (1525-1512 a. C.), quien promulgó el despiadado decreto para se diera muerte a todos los varones hebreos recién nacidos (Éxo. 1:22). Si el éxodo ocurrió en marzo de 1450 a. C., Moisés debió nacer ochenta años antes, en el año 1530 a. C., durante el gobierno de Tutmosis I. Este faraón tuvo una hija que se convirtió en la reina Hatshepsut (1503-1482 a. C.). Ella fue quien adoptó a Moisés y le dio ese nombre. Hatshepsut murió mientras Moisés estaba en Madián. El marido de Hatshepsut, Tutmosis II (1512-1504 a. C.), tuvo un hijo de una concubina, Tutmosis III (1504-1450 a. C.), que fue el faraón del éxodo. El faraón Amenhotep II (1450-1425 a. C.), quien no era el primogénito de Tutmosis III, fue corregente con su padre durante más de dos años y tuvo un hijo, su primogénito, que murió en ocasión de la décima plaga. El faraón Tutmosis IV (1425-1417 a. C.), quien sucedió a Amenhotep II en el trono, no era su hijo mayor, como indica la inscripción de la Estela de la Esfinge. De esta manera, los datos bíblicos pueden armonizarse con la evidencia extrabíblica.

El nombre egipcio de Moisés está en armonía con este período histórico, ya que es similar al nombre de Tutmosis y significa “nacido de” o “sacado de”. Su nombre completo probablemente era Hapi-mosis (Hapi era el dios del río Nilo), pero al referirse a sí mismo y escribir bajo la inspiración de Dios, Moisés eliminó la primera parte de su nombre, señal de su negativa a ser asociado con el dios del Nilo.

El nacimiento de Moisés (Éxo. 2:1-10) es un punto de inflexión en el flujo de la historia de Israel. El pueblo de Dios oraba en su desesperada situación pidiéndole ser liberado de la esclavitud. El Señor respondió a sus súplicas con el nacimiento de Moisés. La intervención milagrosa de Dios para proteger la vida de Moisés en esta circunstancia particular solo fue posible en colaboración con sus padres y María, su hermana. Esto muestra que Dios utiliza instrumentos humanos para hacer avanzar su causa y cumplir sus propósitos.

Lección 1 // Material auxiliar para el maestro

En medio de las dificultades y del sufrimiento, debemos fijar nuestros ojos en Dios y confiar en él, en su liderazgo y en su sabiduría, pues él nunca abandonará a sus hijos. Él está con ellos en medio de la opresión y la persecución. Conoce las lágrimas de los maltratados y heridos, y sufre con ellos. El profeta Isaías declara con acierto que Dios se conmueve de todas nuestras aflicciones (Isa. 63:9). Su solidaridad con nosotros es firme e irrevocable. Sufre cuando sufrimos, y participa de nuestra angustia y dolor. Él está de parte de quienes son injustamente perseguidos (Mat. 5:10). Es un Señor misericordioso y clemente. Es paciente con nosotros y sufrió en la cruz para asegurar nuestra salvación. Por el contrario, los opresores, maltratadores y transgresores experimentarán el juicio divino de condenación y destrucción final. En este contexto, recordemos la perspicaz declaración de Elena de White: “En la vida futura se aclararán los misterios que aquí nos han preocupado y desilusionado. Veremos que las oraciones que nos parecían desatendidas y las esperanzas defraudadas figuraron entre nuestras mayores bendiciones” (*El ministerio de curación*, p. 376).

Las parteras Sifra y Fúa fueron modelos de fidelidad. Puesto que reverenciaban a Dios, no temían la ira del faraón. Su respeto por el Dios de la vida hizo que respetaran la vida humana. Se negaron a matar a los varones hebreos recién nacidos. Sabían que la vida es un don de Dios, así que rechazaron las órdenes del faraón.

La Biblia no dice mucho acerca de los primeros cuarenta años de la vida de Moisés (Hech. 7:23), salvo estos detalles destacados: (a) Moisés se convirtió en el hijo de la hija del faraón; (b) cuando creció, mató a un egipcio que estaba golpeando a un hebreo; (c) disputó con un hebreo que golpeaba a otro hebreo; (d) fue posteriormente a Madián, donde se quedó con el sacerdote Jetro y se casó con Séfora, la hija de este; y (e) engendró a Gersón.

El punto principal de la lección de esta semana es la frase “y se acordó [Dios] de su pacto”, parte de nuestro texto clave: “Dios oyó su gemido, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob” (Éxo. 2:24). La fidelidad de Dios a las promesas de su pacto confiere estabilidad a las relaciones entre él y su pueblo. Él cumple su parte a pesar de nuestra infidelidad. El pacto de Dios constituye el establecimiento legal de una relación entre Dios y sus seguidores.

Sin embargo, su promesa de prosperidad pactual parecía no cumplirse, ya que su pueblo no prosperaba, sino que sufría. La afirmación de que Dios “se acordó de su pacto” no significa que hubo un lapsus en la memoria de Dios o que se olvidó de su pueblo, ya que intervino en favor de ellos en el momento indicado. Dios se comprometió a hacer de Abraham una gran nación. Por lo tanto, y en cumplimiento de esa promesa, libertó a los oprimidos israelitas pues había prometido bendecir a la posteridad de Abraham.

En estos dos versículos finales (2:24, 25), el término *Elohim* designa cuatro veces al Dios poderoso que realiza cuatro acciones: “oyó”, “se acordó”, “miró” y “reconoció”. Estos versículos subrayan el conocimiento que Dios tiene de la situación, su cuidado y su disposición a actuar en favor de su pueblo. Ya no demorará su ayuda. Cambiará el curso de la historia porque ha llegado el momento de su intervención. En su misericordia, Dios dirá “no” a la opresión sufrida por sus seguidores para que puedan servirlo y manifestar su gratitud por el don de la libertad. Por lo tanto, la gracia de Dios triunfa sobre la violencia, la opresión y la esclavitud.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. ¿Cómo te sientes cuando alguien te pasa por alto, te hiere, te explota o abusa de ti? Estas profundas decepciones y aflicciones pueden ayudarte a simpatizar con quienes atraviesan experiencias similares en la vida. ¿Cómo puedes animar eficazmente a esas personas que sufren? ¿Cuál es el mejor remedio para las decepciones de la vida?

2. ¿Cómo puedes responder eficazmente al abuso de poder en tu lugar de trabajo o en la iglesia?

3. Imagina qué habría ocurrido si los padres de Moisés y María no hubieran confiado en Dios y no hubiesen tenido el valor de esconder a su bebé. ¿Qué habría ocurrido con el plan de Dios? ¿Cómo habría reaccionado Dios en esa hipotética situación? ¿Habría surgido otro Moisés?

4. ¿Cómo fue posible que Moisés, después de tantos años de vivir en el lujo y en un hogar pagano, decidiera sufrir junto al pueblo de Dios?

5. Quienes se inclinan ante Dios no tienen por qué temer presentarse ante los reyes. Han puesto la voluntad de Dios en primer lugar en su vida; por lo tanto, siguen adelante con valentía y arrojo para obedecer los mandamientos de Dios. ¿Qué significa que Moisés no temía al faraón pero reverenciaba a Dios? ¿Cómo entiendes la paradójica afirmación de que Moisés fue fiel a Dios porque vio “al invisible” (Heb. 11:27)? ¿Cómo puedes ver a Dios con los ojos de la fe?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 3:7, 8.

Enfoque del estudio: Éxodo 3:1-4:31.

Introducción

Dios se reveló a Moisés y lo llamó a ser su siervo para liberar a su pueblo de Egipto y conducirlo a la Tierra Prometida. Moisés se sintió abrumado por ese desafío y pidió a Dios que eligiera a otra persona.

Temática de la lección

En nuestro estudio de Éxodo 3 y 4 subrayaremos un hecho crucial: Cuando Dios llama a su pueblo a realizar una tarea específica, también lo equipa y capacita para llevarla a cabo. El llamado y la capacitación van de la mano. El Señor otorga los dones y las habilidades espirituales necesarios. No debemos preocuparnos, aunque la tarea sea enorme y supere con creces nuestras capacidades. Dios está al mando. Debemos permitir que él sea Dios en nuestra vida y confiar plenamente en sus promesas. Podemos confiar en él. Nuestra responsabilidad es seguirlo y serle obedientes.

La estructura de estos dos capítulos, que se refieren a la intervención de Dios en favor de su pueblo, puede dividirse en cuatro partes principales:

1. El encuentro de Dios con Moisés (Éxo. 3:1-4:17), que incluye una introducción, un llamado a cumplir una misión (Éxo. 3:1-10) y cuatro secciones que tratan acerca del diálogo entre el Señor y Moisés: (1) Éxodo 3:11, 12; (2) Éxodo 3:13-22; (3) Éxodo 4:1-9; y (4) Éxodo 4:10-12, además de un epílogo consistente en: la última súplica de Moisés, la ira de Dios y el envío de Aarón en apoyo de Moisés (Éxo. 4:13-17).
2. El regreso de Moisés a Egipto con su esposa y sus dos hijos, y la garantía de la ayuda de Dios a Moisés (Éxo. 4:18-23).
3. El problema de la circuncisión (Éxo. 4:24-26).
4. Los encuentros de Moisés con Aarón, los ancianos y los israelitas (Éxo. 4:27-31).
5. Se anticipan grandes y poderosos actos de Dios. El pueblo cree y adora al Dios viviente que obrará para su redención.

COMENTARIO

El acontecimiento más transformador en la vida de Moisés fue su encuentro personal con el Señor durante la experiencia de la zarza ardiente. Este incidente alteró radicalmente su vida. Tenía ochenta años en el momento del suceso, y vivía una vida plena, estable y bien adaptada. Estaba casado, tenía dos hijos, vivía en Madián y era útil al Señor. En sus momentos de tranquilidad, mientras cuidaba ovejas, Dios lo inspiró para que pusiera por escrito dos libros bíblicos: Job y Génesis. Evidentemente, Moisés estaba satisfecho con su vida familiar y su experiencia con el Señor. Entonces ocurrió una perturbación en su apacible rutina cotidiana: Moisés vio una zarza ardiente que no era consumida por las llamas que la envolvían.

Cuando el Señor llamó la atención de Moisés, le dijo cuán preocupado estaba por la situación de los israelitas en Egipto, por su miseria, opresión, esclavitud, sufrimiento

Lección 2 // Material auxiliar para el maestro

y pedidos de auxilio. El Señor declaró: “He descendido a librarlos” (Éxo. 3:8). Llamó a los israelitas “mi pueblo” (Éxo. 3:10) y quiso conducirlos a una nueva tierra. La llamamos la Tierra Prometida porque Dios dio su palabra a Abraham, Isaac y Jacob de que sus descendientes heredarían Canaán. Había llegado el momento de que Dios actuara, y Moisés sería el instrumento por medio del cual cumpliría su promesa.

Moisés fue llamado por Dios mismo para volver a Egipto, de donde había huido cuarenta años antes (1490 a. C.) para salvar su propia vida. Moisés debía reunirse ahora con el faraón Tutmosis III (1504-1450 a. C.), a quien conocía personalmente desde la época en que vivía en el palacio. Hatshepsut, la madre adoptiva de Moisés, había muerto en el año 1482 a. C. Cuando Dios pidió a Moisés que regresara y cooperara con él para liberar a los israelitas, le dio dos órdenes: “Por tanto ve, yo te envío a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas” (Éxo. 3:10). En este versículo, Dios utilizó dos imperativos que no resultan tan evidentes en nuestras traducciones bíblicas modernas. Dios dijo enfáticamente a Moisés: (1) “Ve” y (2) “saca de Egipto a mi pueblo”. He allí el llamado de Dios a Moisés.

Las cuatro excusas de Moisés y las cuatro promesas de Dios

“¿Quién soy yo?” frente a “Yo estaré contigo” (Éxo. 3:11, 12)

Cuando escuchó las órdenes “ve” y “saca a mi pueblo de Egipto”, Moisés no estuvo dispuesto a acatarlas y empleó cuatro estrategias para rehuir la misión que se le encomendaba. En primer lugar, se escudó en su humildad y formuló una excelente pregunta: “¿Quién soy yo?” Es importante reconocer nuestra insuficiencia e incapacidad para hacer lo que Dios nos pide.

El poder para avanzar en pos de la conducción divina no reside en nosotros, sino en el hecho de que Dios nos capacita cuando lo seguimos humildemente. Sin embargo, Moisés fue más allá de este reconocimiento para eludir la comisión divina.

En respuesta, Dios aseguró a Moisés que estaría con él (la misma expresión “estaré” se utiliza en los vers. 12 y 14) y que tanto él como los israelitas adorarían a Dios en ese mismo monte, el Sinaí, donde ahora estaban. Esta promesa lo incluía todo, pues la presencia de Dios junto a su pueblo incluye todo lo necesario. En tal sentido, el mensaje implícito en el nombre “Emmanuel” (“Dios con nosotros”) es la promesa más importante.

“¿Cuál es tu nombre?” frente a “Yo soy el que soy” (Éxo. 3:13-22)

La segunda excusa de Moisés consistió en interrogar a Dios acerca de su nombre. Esta vez se escudó en la ignorancia del pueblo, alegando con razón que no conocían a Dios personalmente; por lo tanto, ¿cómo sabrían que Moisés era el líder designado por Dios?

El Señor le explicó pacientemente que era el Dios verdadero, eterno y personal; el Dios de la historia, que dirigió a Abraham, Isaac y Jacob, los antepasados de Israel. El Dios que se comunicó con ellos y los cuidó de manera amorosa y misericordiosa. El que les prometió llevarlos a “una tierra que mana leche y miel” (Éxo. 3:17) y bendecirlos abundantemente. El Señor se identificó como el Dios de los hebreos, quien les prometió que cuando salieran de Egipto no lo harían con las manos vacías, sino con muchos dones preciosos que les habían sido retenidos durante el tiempo en que estuvieron esclavizados.

“Ellos no me creerán, ni oirán mi voz” frente a las poderosas señales de Dios (Éxo. 4:1-9)

La tercera objeción de Moisés fue la incredulidad de los israelitas: “Ellos no me creerán, ni oirán mi voz”. En respuesta, Dios le dijo que le permitiría realizar dos milagros como demostraciones irrefutables de que lo había elegido como su instrumento para liberar a su pueblo de Egipto: (1) El cayado de Moisés se transformaría en serpiente y viceversa; y (2) la mano de Moisés quedaría leprosa y sería luego sanada.

“Nunca he sido hombre de fácil palabra” (Éxo. 4:10) frente a “te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éxo. 4:12)

El cuarto pretexto de Moisés para no ir a Egipto fue simple: “No soy buen orador. Nunca he sido elocuente”. Moisés estaba diciendo que no le resultaba fácil formular argumentos y que no dominaba las lenguas egipcia y hebrea. Aquello era comprensible tras cuatro décadas sin usar la lengua egipcia. En respuesta, Dios aseguró a Moisés que le daría la capacidad de expresarse persuasiva y articuladamente pues es el Creador: “Yo estaré en tu boca [es decir, te ayudaré a expresarte], y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éxo. 4:12). Esta promesa nos recuerda un relato similar que aparece en Jeremías 1:5 al 8.

Éxodo 4:13 al 17 describe la excusa final de Moisés y la reacción de Dios ante ella. Moisés estaba acorralado. Todas sus excusas fueron poderosamente refutadas por Dios mismo. ¿Qué haría? Debía definir claramente su posición aceptando o rechazando el llamado de Dios. Sorprendentemente, Moisés se negó a aceptarlo incluso después de que Dios le hizo promesas excepcionales: “Por favor, envía a otro” (Éxo. 4:13).

Ahora se invierten los papeles, ya que Moisés no solo rechaza los imperativos de Dios (“ve” y “saca de Egipto a mi pueblo”), sino también se atreve a decir al Señor lo que este debería hacer, aunque introduce su respuesta con una expresión de respeto: “Por favor, Señor, envía a otro”. El que debía obedecer da, en cambio, indicaciones a Dios. ¡Qué contradicción!

En ese momento, el texto bíblico afirma que “el Señor se enojó con Moisés” (Éxo. 4:14). No obstante, Dios presenta una solución, la persona de Aarón, el hermano de Moisés, quien “ahora [...] sale a recibirte” (Éxo. 4:14). Dios conocía de antemano la respuesta negativa de Moisés y ya había enviado a Aarón para animar a ambos a trabajar juntos para cumplir la misión encomendada. Aarón sería la “boca” de Moisés; es decir, el portavoz que comunicaría la palabra del Señor al faraón y al pueblo. ¡Cuán amoroso y bondadoso es Dios! Él ofrece una solución donde nosotros solo vemos oscuridad.

Moisés siguió las instrucciones de Dios con gran vacilación. La Biblia no consigna la respuesta de Moisés a la solución divina, pero los versículos siguientes muestran que fue a Egipto. Como buen hombre de familia, primero habló con Jetro acerca de su designación divina, y su suegro lo envió a Egipto con su bendición. Así, Moisés siguió adelante. De allí en más, todo fluiría de maneras inesperadas.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. Todo en nuestra vida depende del concepto que tenemos de Dios. ¿Quién es Dios para ti? ¿Cómo ves y entiendes la presencia de Dios en tu vida? ¿Qué imagen de Dios cultivas?

Lección 2 // Material auxiliar para el maestro

2. Las relaciones son lo más importante para el Señor, no un objeto, una posesión, un logro, una agenda o una actuación. Él es el Dios de las relaciones. Las relaciones humanas comienzan con una relación vertical con él y se traducen en relaciones horizontales con los demás. ¿De qué manera el encuentro de Moisés con Dios lo convirtió en una nueva persona y en un gran líder?

3. El llamado que Dios nos hace es como una amplia autopista con diferentes sendas o carriles. Normalmente, la tarea o vocación más exigente puede ayudarnos a descubrir que eso es lo que Dios quiere que hagamos. El Señor nunca nos lleva por un camino fácil o egocéntrico. Él quiere nuestro crecimiento y lo mejor para nosotros. Su Palabra nos ordena seguir adelante, aunque la tarea parezca abrumadora o exceda nuestras capacidades. ¿Cómo puedes reconocer el llamado y la vocación que Dios tiene para ti en la vida y estar seguro de ir en pos de ello?

4. Deseamos hacer la voluntad de Dios en armonía con el plan que tiene para nosotros. ¿Qué excusas das a Dios que te impiden aceptar su plan para tu vida? ¿Qué promesas bíblicas necesitas reclamar para llenarte de esperanza y valor mientras recorres tu senda con Dios? ¿Cómo te animan esas promesas en tu servicio a los demás?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 5:1, 2.

Enfoque del estudio: Éxodo 5:1-7:7.

Introducción

La situación de Israel cambió de manera inesperada. Dios prometió que sacaría a su pueblo de Egipto, pero en lugar de eso vieron cómo su vida empeoraba. El faraón les exigía cosas que no eran razonables. Además, se negó a dejar que los israelitas fueran a adorar a Dios. Las circunstancias eran tan malas que los israelitas “no escuchaban” a Moisés “a causa de la congoja de espíritu y de la dura servidumbre” (Éxo. 6:9). Aun así, Dios pidió a Moisés que hablara de nuevo con el faraón. Pero Moisés se opuso dos veces a la orden de Dios: “¿Cómo me escuchará Faraón” (Éxo. 6:12, 30) cuando ni siquiera los israelitas prestan atención a lo que digo pues soy “torpe de palabra”? (Éxo. 6:12).

Esta sección del libro de Éxodo (Éxo. 5:1-7:7) contiene diferentes diálogos entre individuos y grupos, y prepara el escenario para el gran despliegue de la gloria de Dios, como se observa a continuación:

1. Moisés y Aarón hablan con el faraón (Éxo. 5:1-5).
2. El faraón habla con los amos de los esclavos y los supervisores israelitas (Éxo. 5:6-9).
3. Los amos de los esclavos y los supervisores israelitas hablan con el pueblo (Éxo. 5:10-14).
4. Los supervisores israelitas hablan con el faraón (Éxo. 5:15-18).
5. Los supervisores israelitas hablan con Moisés y Aarón (Éxo. 5:19-21).
6. Moisés habla con el Señor (Éxo. 5:22-6:8).
7. Moisés habla con el pueblo (Éxo. 6:9).
8. El Señor habla con Moisés (Éxo. 6:10-12).

Estos diálogos van seguidos de declaraciones según las cuales el Señor habló con Moisés y Aarón (Éxo. 6:13, 26, 27). Entre estas declaraciones se intercala la lista de familiares de Moisés y Aarón (Éxo. 6:14-25). Luego, se registra nuevamente el diálogo entre Moisés y el Señor como preludio de las diez plagas (Éxo. 6:28-7:5). En la parte final de esta sección, se destaca positivamente la obediencia de Moisés y de Aarón, quienes hicieron exactamente lo que el Señor les había ordenado (Éxo. 7:6). Junto con la aprobación divina se mencionan las edades de ambos líderes: Moisés tenía 80 años; y Aarón, 83 (Éxo. 7:7).

Podemos concluir, pues, que no existe la jubilación en el servicio a Dios, quien necesita que todos colaboren estrechamente con él para el avance de su causa: jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, niños y adultos, libres y esclavos, ricos y pobres, educados e incultos, personas con posiciones influyentes en altos cargos y trabajadores en general. Cada uno puede hacer su parte, y juntos podemos cumplir la misión que Dios tiene para nosotros.

Temática de la lección

A pesar de que el faraón respondió con un rotundo “no” a la exigencia de Dios de dejar ir a su pueblo, el Señor preparó una salida para ellos, quienes habían perdido la fe. Incluso Moisés discutió con Dios y le preguntó por qué la situación había empeorado:

“¿Por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste?” (Éxo. 5:22). La razón de este severo reclamo radicaba en el hecho de que, tras el primer encuentro directo con el faraón, las circunstancias se complicaron y la vida de los israelitas empeoró. Ni ellos ni Moisés esperaban semejante dilema, sino una rápida liberación de la esclavitud, ya que su Dios era el poderoso Creador capaz de lo que nadie más podía hacer. ¡Qué desilusión tan devastadora! Sin embargo, Dios preparó el escenario para la liberación, y a Moisés y a Aarón para una nueva confrontación con el faraón.

COMENTARIO

El versículo para memorizar prepara el escenario para el drama que estaba a punto de desarrollarse.

Tras cuarenta años de ausencia de Egipto, Moisés entró de nuevo en el palacio (en el año 1450 a. C.), donde visitó, junto con Aarón, al faraón Tutmosis III y lo confrontaron con el mandato de Dios: “Deja ir a mi pueblo para que me adore” (Éxo. 7:16). El faraón se negó a reconocer la autoridad del Señor e incluso su existencia. Se consideraba a sí mismo un dios, adoraba a una plétora de dioses de fabricación humana y no quiso aceptar la petición del Dios vivo de los hebreos. Su arrogante respuesta definía a Egipto como una cultura pagana y materialista que adoraba a sus propios dioses en forma de ídolos. El faraón se negó a reconocer la soberanía de Dios y desafió incluso su existencia: ¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco al Señor, ni tampoco dejaré ir a Israel”; “¿por qué hacen cesar [hebreo: *shabat*] al pueblo de su trabajo?” (Éxo. 5:2, 4, 5). La palabra hebrea usada para designar a Egipto es *mitsrayim*, que significa “[tierra de] doble dominio”, en referencia a la severa esclavitud y al uso de la autoridad para mandar, gobernar y decir a otros qué debían hacer.

En su respuesta a la petición del Señor, el faraón dijo que Moisés y Aarón pretendían detener el trabajo de los israelitas y hacerlos cesar de su labor. Según algunos comentaristas judíos y cristianos, la palabra hebrea *shabat* se refiere al descanso del sábado. La frase “cesar o descansar [del trabajo]” solo se encuentra aquí y en Génesis 2:2 y 3 (repetida dos veces). Curiosamente, el faraón también rechazó la petición de Moisés y Aarón de dejar marchar (de *para'*: “dejar marchar”, o “liberar”) al pueblo. El verbo hebreo *para'* tiene las mismas consonantes que la palabra “faraón”, por lo que la respuesta del rey puede ser un juego de palabras: “¿Por qué actúas como si fueras el faraón liberando al pueblo de su trabajo?”

Tutmosis III tenía dos años cuando fue puesto en el trono egipcio por un sacerdote tras la muerte de su padre, Tutmosis II, en el año 1504 a. C. Lo más probable es que aquel fuera investido para impedir que Moisés llegara a ser faraón. En aquel momento, Moisés, hijo adoptivo de Hatshepsut, tenía 26 años. Tutmosis III fue corregente con su madrastra Hatshepsut hasta 1482 a. C., cuando ella murió. En ese momento, Moisés estaba en Madián. Tutmosis III tenía 24 años cuando comenzó su reinado, ya no como corregente. Destruyó casi todos los monumentos y estatuas que llevaban el nombre o la imagen de Hatshepsut y también es conocido por sus exitosas campañas militares. Se lo considera el mayor líder militar del antiguo Egipto. También fue un destacado constructor. Tenía 56 años en la época del éxodo (1450 a. C.).

Lección 3 // Material auxiliar para el maestro

El pacto de Dios

Antes de sacar a los israelitas de Egipto, Dios les aseguró que cumpliría el pacto que hizo con Abraham, Isaac y Jacob. Prometió a sus antepasados “darles la tierra de Canaán” (Éxo. 6:4), como se menciona en Génesis 12:7 y 17:8. Dios rememoró esa promesa y, puesto que el momento apropiado había llegado, les aseguró que cumpliría el pacto que hizo con Abraham, Isaac y Jacob, y que ahora él intervendría en favor de su pueblo. El Señor animó a Moisés a declarar firmemente a Israel que la promesa divina ciertamente se cumpliría. Tal solemne declaración de certidumbre acerca de la fidelidad de Dios en el cumplimiento de lo que prometió aparece en el pasaje crucial de Éxodo 6:6 al 8.

Dios comienza su solemne declaración identificándose: “Yo soy el Señor”. Mediante esta fórmula, que se repite quince veces en Éxodo, especialmente en la sección que se refiere a las plagas (Éxo. 6:2, 6, 7, 8, 29; 7:5, 17; 10:2; 12:12; 14:4, 18; 15:26; 16:12; 29:46; 31:13), el Señor proclama su íntima cercanía y su amoroso cuidado hacia su pueblo. Tales cercanía y cuidado serán reconocidos tanto por los israelitas como por los egipcios. Como lo prometió, él liberaría a su pueblo de la esclavitud en Egipto.

El Señor subraya cuatro acciones redentoras diferentes en favor de su pueblo y promete formalmente lo siguiente:

1. “Los sacaré [la forma hifil del verbo *yatsa'* significa “hacer salir”] de debajo de las pesadas cargas de Egipto”.
2. “Los libraré [la forma hifil del verbo *natsal* significa “rescatar”, “arrancar”, “liberar”, “salvar”] de su servidumbre”.
3. “Los redimiré [*ga'al*] con brazo extendido y con grandes juicios”.
4. “Los haré [*laqaj*: literalmente “tomar como”] mi pueblo y seré [*hayah*] su Dios”.

Estas promesas culminan con la fórmula del pacto, que subraya la relación íntima y la unidad amorosa existente entre el Señor y su pueblo. Esta relación es el cumplimiento de la promesa hecha por Dios a Abraham (Gén. 17:7, 8). (En la liturgia judía actual de la Pascua, este pasaje bíblico desempeña un papel fundamental y es representado por cuatro copas que beben quienes celebran este acto de redención de la esclavitud en Egipto).

A continuación, por primera vez en el libro de Éxodo, el Señor proclama que “ustedes”, los israelitas, “sabrán que yo soy el Señor su Dios” (Éxo. 6:7). Antes, era el Señor quien conocía la opresión, el sufrimiento y la aflicción de su pueblo, pero ahora su pueblo conocerá a su Dios.

El Señor añade dos promesas: (1) “Los llevaré a la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob” (Éxo. 6:8); y (2) “se la daré por heredad” (Éxo. 6:8). La repetición del pronombre “yo” como identificación de Dios es la clara garantía de que su palabra se cumplirá. La fórmula “yo soy el Señor” aparece cuatro veces en Éxodo 6:2 al 8. Esta frase aparece al principio y al final de Éxodo 6:2 y 8, y dos veces en Éxodo 6:6 y 7.

Según el versículo 9, la reacción de los israelitas fue de profunda tristeza. Moisés les habló, pero estaban tan desanimados que no escuchaban las palabras tranquilizadoras provenientes del Señor. Sin embargo, las acciones redentoras de Dios estaban a punto de manifestarse como una gloriosa realidad.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. ¿Qué lecciones puedes extraer del diálogo tan abierto, casi conflictivo, entre Moisés y el Señor? ¿Cómo afecta esto tu experiencia personal con el Señor? ¿Cómo podemos comunicarle nuestros pensamientos, sentimientos y deseos de manera sincera? ¿Cómo podemos hablar con él de nuestras emociones negativas, como la decepción, la amargura, la frustración, el odio, la envidia y la ira?

2. No creemos en el destino, en el determinismo, en el azar o en la suerte. Sí creemos en la conducción confiable de Dios cuando se la pedimos sincera y honestamente. ¿Cómo podemos aprender a confiar más en Dios y a depender plenamente de su conducción?

3. Dios no nos llama a tener éxito, sino a ser fieles. Necesitamos aceptar su llamado a hacer lo que sea necesario a fin de ser fieles testigos de él en cualquier etapa de nuestro desarrollo espiritual. Nuestro éxito y prosperidad dependen de él. ¿Cómo puedes, sin ser conflictivo, ayudar y conducir a otros a percibir las intervenciones de Dios en su vida?

4. Egipto desempeña un papel crucial en las profecías bíblicas. ¿A qué realidades de nuestra época apunta el símbolo de Egipto?

5. ¿Por qué no suelen cumplirse nuestras expectativas acerca de las intervenciones y acciones de Dios? ¿Por qué actúa él tan a menudo solamente cuando todas las esperanzas se hacen añicos?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 9:35.

Enfoque del estudio: Éxodo 7:8-10:29.

Introducción

En nuestro estudio de esta semana, nos encontraremos con el Dios de los milagros, las señales y los prodigios que realiza. Además, consideraremos nueve de las diez plagas que él derramó como juicios divinos sobre Egipto. Presenta estos elementos a tu clase en el marco del Gran Conflicto: la batalla espiritual entre las fuerzas del bien y del mal, la luz y las tinieblas, Cristo y Satanás, el Dios vivo y los ídolos.

Esta guerra espiritual comenzó en la Tierra en el Jardín del Edén cuando Adán y Eva cayeron en pecado. Dios prometió un desenlace victorioso en esta guerra para que no fuéramos por siempre presa del mal (Gén. 3:15). Desde sus inicios, el Conflicto se ha librado entre quienes adoran al Señor y Creador y quienes adoran la Creación en sus diversas formas. La adoración dirigida al Creador libera a la humanidad de la esclavitud del pecado. La adoración dirigida a la Creación conduce a la degradación moral de la humanidad, hecha a imagen de Dios, y termina, en última instancia, en su esclavitud.

El enfrentamiento entre el Dios vivo y el faraón se intensifica en Éxodo 7:8 a 10:29. El faraón quiere demostrar que es un dios, en armonía con lo que los egipcios creían. En consecuencia, se esfuerza por desempeñar el papel de un monarca soberano que tiene el control y decide qué está bien y qué está mal. Por el contrario, Dios quiere liberar a su pueblo de la esclavitud en Egipto, pero desea al mismo tiempo enseñar a los egipcios quién es él y liberarlos de la esclavitud de sus dioses.

Dios no estaba en contra de los egipcios, a quienes amaba como a todas sus criaturas humanas, con amor eterno y genuino interés. Al mismo tiempo, el Señor soberano estaba en contra de los “dioses” egipcios y pretendía demostrar que eran una invención humana que conducía a las personas al temor y a la esclavitud.

Además, su objetivo principal era poner fin a esa esclavitud que los egipcios padecían a causa de su idolatría a fin de que pudieran servir al Dios viviente, creador y redentor. Sin embargo, si el pueblo egipcio continuaba asociándose e identificándose con esos falsos dioses, el juicio de Dios caería no solo sobre sus dioses, sino también sobre sus adoradores. Su idolatría persistente resultaría en su castigo y, en última instancia, en su destrucción.

El juicio de Dios contra los dioses egipcios es claramente declarado y relatado como un hecho histórico en Números 33:4. Cada plaga o juicio estaba dirigido contra múltiples dioses egipcios que cautivaban la imaginación, los pensamientos y los sentimientos del pueblo, influían en su comportamiento y su vida social, y los hacían totalmente esclavos del pecado.

A partir de entonces, el alma vivía en completa sumisión a un estilo de vida idólatra controlado por la magia y que se oponía diametralmente a la libre adoración que brota del Dios creador, vivo y amoroso.

COMENTARIO

Señales y maravillas

Éxodo 7:3 dice que el Señor multiplicaría “señales y maravillas” ante todo el pueblo para que entendieran quién era él. Este es el único texto de Éxodo en el que se combinan los términos “señales” y “maravillas”. La palabra traducida como “señal”, o “señales”, aparece 16 veces en el libro de Éxodo (Éxo. 3:12; 4:8 [dos veces], 9, 17, 28, 30; 7:3; 8:19; 10:1, 2; 12:13; 13:9, 16; 31:13, 17). En estos casos, se utiliza para enfatizar dos cosas: a saber, que Moisés realizaría diferentes prodigios ante el faraón (Éxo. 10:1, 2), y que la sangre de la Pascua sería una señal de vida en virtud de la cual el ángel destructor pasaría por alto las casas de las familias que estaban bajo su protección (Éxo. 12:13). El término “maravilla” es utilizado en referencia a lo que Dios haría ante el faraón a pesar del endurecimiento de su corazón (Éxo. 4:21). En el contexto de las plagas, este término es estructuralmente crucial porque aparece dos veces al principio de nueve plagas (Éxo. 7:3, 9) y dos veces al final de la novena (Éxo. 11:9, 10).

Las plagas tienen ciertas características significativas:

1. Las nueve primeras pueden dividirse en tres grupos de tres plagas cada uno. La décima plaga es única y está separada del resto. El pueblo necesitaría un tiempo y una provisión especiales para afrontarla.

2. Las primeras nueve plagas afectaron a los tres hábitats creados por Dios en Génesis 1: los cielos (séptima, octava y novena plagas), la tierra (tercera, cuarta, quinta y sexta plagas) y las aguas (plagas primera y segunda). En conjunto, estas plagas aludían a la reversión de la Creación.

3. Las primeras nueve plagas siguieron un patrón de intensificación progresiva, haciéndose cada vez más severas con el paso del tiempo y a medida que el faraón se negaba obstinadamente a dejar marchar al pueblo de Dios para que pudiera adorar libremente a su Señor y Creador. Las tres primeras plagas fueron leves, breves y no causaron la muerte. Las tres plagas siguientes (cuarta a sexta) fueron más graves y dañinas, ya que destruyeron el ganado y afligieron a los seres humanos con llagas. Las tres plagas siguientes (séptima a novena) fueron más devastadoras, pues provocaron la muerte de hombres y animales, pero también la destrucción de las cosechas.

4. En general, cada plaga fue derramada después de una clara advertencia y exhortación a aceptar el mandato del Señor. Cada plaga resultó sorprendente, pero la devastación fue anunciada de antemano y podía ser evitada. Hubo una advertencia excepcional antes de las dos primeras plagas y de la décima, pero no faltaron los claros avisos antes de las plagas cuarta, quinta, séptima y octava.

5. Antes de las plagas tercera, sexta y novena hubo poca o ninguna confrontación con el faraón.

6. Las tres primeras plagas cayeron sobre los egipcios y los israelitas, pero las restantes fueron derramadas solo sobre los egipcios.

7. Dios realizó un milagro ante el faraón antes de que ocurriera la primera plaga: El bastón de Aarón se convirtió en una serpiente que devoró las serpientes de los magos. Sin embargo, “el corazón de Faraón se endureció” (Éxo. 7:13).

8. La última plaga fue la más destructiva, pues cada familia que no estaba bajo la protección de la sangre del cordero se vio afectada por la muerte de su hijo primogénito. Antes de que cayera la última plaga, Dios, en su misericordia, dio al pueblo tres días de oscuridad para la reflexión y el arrepentimiento, así como instrucciones para evitar la devastación final.

9. El registro bíblico declara que fue recién después de la sexta plaga cuando “el Señor endureció el corazón de Faraón” (Éxo. 9:12; ver también Éxo. 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8, 17). Durante las primeras cinco plagas, fue el faraón quien endureció su corazón (Éxo. 7:13, 14, 22; 8:15, 19, 32; 9:7, 35). Antes del relato acerca de las diez plagas, Dios anunció dos veces que endurecería el corazón del gobernante (Éxo. 4:21; 7:3).

10. Los magos solo pudieron imitar las dos primeras plagas. Cuando se produjo la tercera, afirmaron acertadamente: “Dedo de Dios es este” (Éxo. 8:19). Más tarde, ellos mismos sufrieron a causa de los tumores (Éxo. 9:11; ver también la insistencia de los “siervos” o funcionarios del faraón; Éxo. 10:7).

11. Las plagas pueden ser agrupadas en pares: la primera y la segunda estaban relacionadas con el río Nilo; la tercera y la cuarta tuvieron que ver con insectos voladores (mosquitos y moscas); las plagas quinta y sexta fueron parecidas, ya que la peste afectó a los animales, mientras que los tumores afligieron a los seres humanos; las plagas séptima y octava describen los daños infligidos a las cosechas; las plagas novena y décima estuvieron relacionadas con las tinieblas: una con la oscuridad física y la otra con las tinieblas finales, es decir, la muerte de los primogénitos.

12. Es interesante notar que el Señor exhortó específicamente a Faraón siete veces para que dejara ir a su pueblo (Éxo. 5:1; 7:16; 8:1, 20; 9:1, 13; 10:3) y usó en una ocasión una frase condicional negativa: “Si no dejas ir a mi pueblo, enviaré...” (Éxo. 8:21). El faraón consintió después de la segunda, cuarta, séptima y novena plagas (Éxo. 8:8, 25-28; 9:28; 10:24), pero se negó finalmente a dejar que el pueblo fuera a adorar al Señor (Éxo. 8:15; 8:32; 9:35; 10:27). Incluso pidió a Moisés que orara para poner fin a determinadas plagas y que rogara también por él (Éxo. 8:8, 28; 9:28; 10:16, 17). Solo después de la décima plaga llamó a Moisés y a Aarón y les ordenó: “Salgan de en medio de mi pueblo ustedes y los israelitas. Vayan a servir al Señor, como han dicho. Lleven también sus ovejas y sus vacas, como han dicho. Márchense, y bendíganme a mí” (Éxo. 12:31, 32).

Como hemos dicho, todas estas calamidades estaban relacionadas con el juicio de Dios contra los dioses egipcios y contra quienes se aferraban a ellos. No se debe pasar por alto el hecho de que en medio de todos estos juicios divinos se encuentra una declaración acerca de la poderosa presencia de Dios en la tierra de Egipto. Él quería dejar claro que había una diferencia entre quienes lo siguen y quienes se oponen a él: “Si no dejas ir a mi pueblo enviaré sobre ti, sobre tus siervos, sobre tu pueblo y sobre tus casas toda clase de moscas. [...] Y en ese día yo apartaré la tierra de Gosén, donde habita mi pueblo, para que ninguna clase de moscas haya en ella; a fin de que sepas que yo soy el Señor en medio de la tierra” (Éxo. 8:21, 22).

El profeta Isaías habla del amor de Dios y de sus planes futuros para Egipto con palabras asombrosas: “En ese tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria. Asirios entrarán en Egipto, y egipcios en Asiria; y los egipcios servirán con los asirios al Señor. En ese tiempo

Lección 4 // Material auxiliar para el maestro

Israel será uno de los tres, con Egipto y con Asiria; y serán una bendición en la tierra. Porque el Señor Todopoderoso los bendecirá, diciendo: 'Bendito Egipto, mi pueblo; el asirio, obra de mis manos; e Israel, mi heredad' " (Isa. 19:23-25).

El endurecimiento del corazón del faraón

El endurecimiento del corazón del faraón fascina a los estudiosos de la Biblia. Debe subrayarse el hecho de que Dios no determinó de antemano las decisiones del faraón, sino que estas fueron suyas. No estaba predestinado a negarse obstinadamente a seguir las instrucciones de Dios y ser condenado a la perdición. Dios da libertad de elección a cada individuo y permite que las personas respondan a su mensaje de amor y a su ofrecimiento de gracia. Él no obliga a los seres humanos a serle obedientes o desobedientes.

El estudio textual completo acerca del endurecimiento del corazón del faraón (ver el punto 9 de la sección anterior) arroja el siguiente resultado: En el proceso de endurecimiento, primero fue el propio faraón quien se negó obstinadamente a humillarse ante Dios (Éxo. 10:3). Fue su decisión, su desobediencia voluntaria, lo que lo hizo colocarse a sí mismo más allá de la gracia divina. Su carácter quedó fijado. El llamado divino a que permitiera a los israelitas adorar al Dios viviente no hizo más que atizar el fuego de la rebelión que ya ardía en su corazón contra el Todopoderoso y su siervo Moisés.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. Se acumulaban las pruebas de que el Señor era un Dios soberano que quería liberar a su pueblo y sacarlo de Egipto. ¿Qué hay en nuestros corazones y en nuestras vidas que puede hacer que rechacemos obstinadamente todas las exhortaciones de Dios a arrepentirnos y seguirlo?
2. ¿Qué tiene de atractiva la idolatría? ¿Por qué fue tan difícil para los egipcios romper con ella, incluso después de ver la devastación que traía consigo?
3. Los seres humanos son ingeniosos a la hora de crear sus propios ídolos. Prácticamente cualquier cosa puede transformarse en un ídolo. ¿Qué es un ídolo? ¿Cómo creamos nuestros propios dioses y nos postramos ante ellos? ¿Qué ideas están detrás de un comportamiento tan denigrante? ¿Por qué Dios se opone con tanta vehemencia a la idolatría?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 12:26, 27.

Enfoque del estudio: Éxodo 11:1-12:30.

Introducción

La décima plaga fue el clímax o punto culminante de la serie. El pueblo debía prepararse adecuadamente de antemano para su llegada porque había vidas en juego. A los primogénitos les esperaba la vida o la muerte, lo que ponía a las familias en un estado de máxima alerta. Cada familia debía responder una pregunta crucial: ¿Confiarían en el Señor y en la provisión hecha por él para la vida o la ignorarían? El único camino hacia la vida estaba señalado por la aceptación de la sangre del cordero inocente. En este momento se inauguraba la celebración de la Pascua para que las familias experimentaran juntas la liberación de Dios.

No olvides explicar a los miembros de tu clase el punto principal de la lección: Jesucristo es el Cordero prefigurado por la Pascua (Juan 1:29, 1 Cor. 5:7). Solo en él tenemos verdadera vida y vida eterna, que fue asegurada en la Cruz (Juan 11:25; 12:32; Rom. 5:6-8; 1 Cor. 1:18, 23, 24). La celebración de la Pascua llevó a Jesús a establecer para sus seguidores una nueva ceremonia. En la Última Cena, Jesús comió con sus discípulos el cordero que lo representaba. Al hacerlo, Cristo reorientó la atención de sus seguidores hacia una nueva celebración que les recordaría repetidamente el acontecimiento más importante de la historia de la Tierra y de todo el universo: su sacrificio final en la Cruz por nosotros. Celebramos esta comunión durante la Cena del Señor, cuando recordamos su vida y su sacrificio por nosotros (Mat. 26:26-29; 1 Cor. 11:23-26). Esta resignificación del cordero de la Pascua como prefiguración del sacrificio de Jesucristo, el Cordero viviente, es una lección insondable que debe ser recordada vivamente durante la Santa Cena, así como en la aceptación personal diaria de la muerte sustitutoria de Cristo por la humanidad (2 Cor. 5:15, 21).

COMENTARIO

Antecedentes históricos

Tutmosis III (1504-1450 a. C.) nombró a su hijo Amenhotep II (1450-1425 a. C.), quien no era su primogénito, como corregente suyo, pero solo durante un breve período. Es probable que Amenhotep II no estuviera presente en Egipto durante las diez plagas, ya que estaba ocupado en una campaña militar. Tras su regreso, recibiría la devastadora noticia de que su padre había muerto en el Mar Rojo mientras perseguía a los israelitas (Éxo. 14:28; 15:4; Sal. 136:15) y que su hermano, el primogénito del faraón, había muerto durante la décima plaga (Éxo. 12:29). El juicio ejecutivo de Dios afectó, como había sido anunciado, a los primogénitos egipcios, a sus animales y a sus dioses (Éxo. 12:12). El faraón fue claramente advertido, pero desafió tanto la amonestación divina como las repetidas súplicas de Moisés para que se sometiera a la petición de Dios a fin de evitar la calamidad. El faraón se negó obstinadamente a obedecer a Dios, y su testarudez provocó una devastación sin precedentes para los egipcios. Todas las familias se vieron afectadas. La influencia de esta tragedia fue inmediata, y los egipcios suplicaron a los israelitas que abandonaran Egipto.

El cordero pascual

Muchos no entienden el verdadero significado y propósito de los sacrificios y los motivos que había detrás de ellos. Había una gran diferencia entre los sacrificios paganos, ofrecidos en templos o domicilios particulares a diferentes dioses en forma de ídolos, y los sacrificios genuinos ofrecidos al Dios vivo. El Señor reguló esas ofrendas y dio instrucciones precisas acerca de por qué y cómo debían ofrecérsese, junto con lo que debía ser ofrecido y quién debía oficiar los sacrificios.

Detrás de todos los sacrificios paganos subyacía la idea de que eran alimento para los dioses, que dependían de ellos para su sustento. En contraste, el Dios viviente provee alimento a todos (Sal. 104:14-27); por lo tanto, él no necesita ser alimentado o sostenido con sacrificios. En resumen, los sacrificios no servían como alimento para el Dios del Cielo.

Pero, la principal diferencia entre los sacrificios paganos y los ordenados por Dios era mucho más profunda. El motivo subyacente del pagano era que veía sus ofrendas sacrificiales como un medio para influir en los dioses, aplacar su ira y recibir su favor. Los adoradores paganos necesitaban llevar ofrendas a los dioses para apaciguarlos, obtener su bendición y evitar que les hicieran daño. Necesitaban dar lo mejor a sus dioses para recibir la protección, prosperidad, fertilidad, seguridad y favor de ellos.

A diferencia de ello, los sacrificios ordenados por Dios eran el medio y la provisión del Señor para que sus criaturas humanas se acercaran a él. Dios condesciende con nosotros, y nos proporciona la reconciliación y la salvación. Cuando los creyentes presentan su ofrenda ante Dios, no lo hacen para manipularlo, sino como una expresión de gratitud por el sacrificio de Jesús, a quien señalan todos los sacrificios. En consecuencia, aceptan a Cristo como su Salvador, el único que puede perdonar sus pecados, salvarlos y bendecirlos.

En la época del éxodo, la sangre en los postes de las puertas de una vivienda era una señal (Éxo. 12:13) de que la familia que allí moraba reconocía al Señor como tal y deseaba vivir en armonía con sus enseñanzas. Esa sangre garantizaba la salvación divina a la familia. Dios proclamó: “Al ver la sangre, pasaré de largo, y no habrá entre ustedes mortandad cuando yo hiera la tierra de Egipto” (Éxo. 12:13). Este juicio no era de condenación o destrucción, sino de redención en favor de los creyentes. Las versiones bíblicas en nuestro idioma aprovechan el significado de la palabra hebrea traducida como “pascua” (*pesaj*: “pasar”) y subrayan el hecho de que el juicio de destrucción del Señor pasaría encima o por sobre los creyentes que obedecieran a Dios colocando la sangre del cordero como señal en los postes de sus puertas.

Las familias creyentes celebraban la Pascua como el juicio de la salvación. Esta sangre tiene un significado más profundo. El sacrificio de cada cordero señalaba a Jesucristo, el verdadero Cordero de la Pascua, quien se sacrificaría por la humanidad. Por lo tanto, quienes lo aceptan como su Salvador personal reciben la promesa de que vivirán eternamente con él (Juan 3:16; 1 Juan 5:11-13).

Dios solamente puede aceptar un sacrificio ofrecido desde un corazón contrito, humilde y agradecido. La gratitud por lo que Dios ha hecho (no por lo que yo he logrado) debe ser el motivo clave que brota de un corazón que alaba a Dios por el don de la salvación. El profeta Isaías subraya que debemos animarnos unos a otros porque el juicio de Dios en favor de su

Lección 5 // Material auxiliar para el maestro

pueblo no es condenatorio, sino redentor. Nuestro amoroso, misericordioso y bondadoso Señor enseña a los creyentes cómo interpretar correctamente su juicio: “Digan a los de corazón apocado: ‘¡Ánimo! ¡No teman! [...] Dios mismo vendrá y los salvará’ ” (Isa. 35:4).

Instruir a nuestros hijos según el modelo divino

Dios dio instrucciones precisas a su pueblo respecto de cómo enseñar a las siguientes generaciones acerca de él y de sus poderosos actos. Les dijo que celebraran la Pascua cada año de una manera muy personal. Lo que sucedió a sus antepasados debía ser relatado como su propia experiencia del éxodo, como si ellos fueran los esclavos que fueron redimidos por el Señor y salieron de Egipto. Los padres debían instruir a sus hijos y estos a los suyos perpetuamente. Debían revivir la liberación de la esclavitud en Egipto no solo con palabras, sino con hechos. La experiencia debía mantenerse vigente y la historia debía ser actualizada como si estuviera ocurriendo en el presente. El acontecimiento histórico debía convertirse en algo existencial y personal. De este modo, la historia sería revivida, la memoria refrescada y no se olvidaría lo ocurrido. Moisés dijo: “Y cuando hayan entrado en la tierra que el Señor les dará, como lo ha prometido, guardarán este rito. Y cuando sus hijos les pregunten: ‘¿Qué significa este rito?’, responderán: ‘Es la víctima de la Pascua en honor del Señor, que pasó por alto las casas de los israelitas en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas’ ” (Éxo. 12:25-27). Para recordar tan significativo evento, se ordenó a los israelitas que celebraran el ritual de la Pascua cada año.

Este modelo es la norma de acuerdo con la cual debemos instruir hoy a nuestros hijos y nuestros nietos. Este modelo nos ha sido dado para que lo imitemos. Asaf anima a ello con las siguientes palabras: “Abriré mi boca en parábolas, hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos, lo que hemos oído y entendido, que nuestros padres nos contaron. No las ocultaremos a sus hijos, contaremos a la generación venidera las alabanzas del Señor, su fortaleza y las maravillas que hizo. Dios estableció un testimonio en Jacob, puso una ley en Israel; y mandó a nuestros padres que la notificaran a sus hijos, para que la conociera la siguiente generación, los hijos que habían de nacer, y que estos la contaran a sus hijos, a fin de que pongan su confianza en Dios, que no olviden sus obras y guarden sus mandamientos” (Sal. 78:2-7). David declara lo que debemos hacer al respecto: “Una generación exaltará tus obras ante la otra y anunciará tus portentos” (Sal. 145:4).

La historia de la redención y la liberación debe ser repetida y aprendida por cada nueva generación. Basta que una generación descuide esta tarea para que sus hijos y sus familias pierdan el conocimiento de Dios. Entonces, la comprensión de sus enseñanzas disminuirá drásticamente, y la búsqueda de una vida piadosa estará en peligro.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. La terquedad del faraón y de muchos egipcios nos enseña que ni siquiera los grandes milagros y prodigios tienen el poder de hacer que las personas crean y cambien de vida. Jesús mismo dijo: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque se levante alguno de los muertos” (Luc. 16:31). ¿Qué fue lo que te condujo a seguir a Dios de todo corazón? ¿Cómo podemos ayudar a otros a no depender de los milagros, sino a tomar en serio la Palabra de Dios?

2. Puesto que Dios nos ama, nos instruye acerca de las consecuencias devastadoras de la desobediencia si permanecemos obstinadamente en el pecado. La persistencia en el mal resulta mortal; por esta razón, Dios nos llama misericordiosamente a arrepentirnos y a aceptar su provisión de salvación. ¿Cómo podemos estar seguros de nuestra consagración plena a Jesús y de que somos salvos? ¿Cómo podemos tomar en serio las amorosas advertencias de Dios de no seguir un camino que conduce a la destrucción? Las trampas de las distracciones son muy variadas. ¿Cómo pueden ser evitadas?

3. En su mensaje a los israelitas, Moisés subrayó que debían instruir en todo momento a sus descendientes acerca del amor, la bondad y la verdad de Dios: “Las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas cuando estés en casa o cuando vayas por el camino, al acostarte y al levantarte” (Deut. 6:7). ¿Cómo podemos instruir a nuestros hijos de manera cautivadora y significativa, no tediosa ni forzada, a fin de que nuestras familias se llenen del conocimiento de Dios?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 14:13, 14, 30, 31.

Enfoque del estudio: Éxodo 12:31-15:21.

Introducción

El éxodo es el evento más extraordinario de la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento y aquel en el que intervino de la manera más espectacular. Después de comer el cordero pascual, los israelitas estaban listos para salir de Egipto. El faraón dio finalmente su consentimiento. Muy angustiado, el gobernante egipcio ordenó a Moisés y Aarón que fueran a adorar a su Dios. Todos estaban incluidos: hombres, mujeres, niños y rebaños. Anteriormente, Moisés se había negado a partir si no se permitía a los israelitas hacerlo como familias completas además de su ganado. Dios proveyó también para el futuro de su pueblo, pues no salieron de Egipto con las manos vacías.

Además de rogar a los israelitas que abandonaran el país, los egipcios les dieron todo lo que pidieron: plata, oro y vestiduras, tal como Moisés les había ordenado. Estos artículos fueron una compensación por la remuneración que les había sido injustamente retenida durante tanto tiempo. Más tarde, los israelitas se enfrentarían a la disyuntiva de cómo utilizar estos dones. ¿Ofrendarían las telas, los ornamentos preciosos, el oro, la plata y otros materiales para construir el Tabernáculo (Éxo. 25:1-7) o darían las joyas de oro a Aarón para fabricar el becerro idólatrico de oro (Éxo. 32:1, 2)?

El tema de la “salida” se subraya tanto al principio del relato (Éxo. 12:37-41) como en su progresión (Éxo. 13:21, 22) y en la conclusión, donde se destaca que “el Señor salvó [...] a Israel” (Éxo. 14:30, 31).

COMENTARIO

Antecedentes históricos

Para comprender el trasfondo histórico de Éxodo 12, considera lo siguiente:

1. Después de 430 años de permanencia en Egipto, Israel era ahora libre para viajar a la Tierra Prometida. Debido a la repetición de la palabra hebrea *wayehi* en Éxodo 12:41, traducida en distintas versiones bíblicas como “sucedió” (LBLA) o “fue precisamente ese día” (NVI), el texto enfatiza este período al afirmar que “el mismo día en que se cumplían los cuatrocientos treinta años, salieron de Egipto todos los ejércitos del Señor”. En un primer momento, solo José estaba en Egipto; luego llegó toda la familia de Jacob. Al principio eran setenta personas (Éxo. 1:5), pero ahora eran “como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar las mujeres y los niños” (Éxo. 12:37; comparar con Éxo. 38:26), lo que significa que quienes salieron de Egipto fueron unos dos millones de personas. Moisés seguramente recibió entrenamiento militar durante su permanencia en el palacio del faraón, por lo que sabía cómo organizar a un número tan enorme de personas. El texto bíblico menciona que el Señor “sacó de Egipto a los israelitas, ordenados en escuadrones” (Éxo. 12:51; comparar con Éxo. 6:26; 7:4; 12:17, 41), lo que significa unidades o batallones “militares”. El éxodo estaba bien organizado; sin embargo, se debe recordar que la caravana solo podía viajar tan rápido como sus integrantes menos resistentes, normalmente niños, ancianos, rebaños y manadas.

Lección 6 // Material auxiliar para el maestro

2. El éxodo ocurrió probablemente en marzo del año 1450 a. C. según los mejores cálculos de los eruditos conservadores, lo que significa que el inicio de los 430 años de permanencia de los israelitas en Egipto se remontaría al año 1880 a. C. ¿Cómo debe ser computada la extensión este período? Hay dos puntos de vista entre los eruditos conservadores acerca del cómputo correcto: (1) 430 años desde el tiempo de José hasta el éxodo, y (2) 430 años desde Abraham hasta el éxodo. Un análisis de estas dos opciones acerca de la permanencia en Egipto, ya sea solo “en la tierra de Egipto” (según el texto masorético hebreo del Antiguo Testamento) o “en la tierra de Canaán” y “en la tierra de Egipto” (según el Pentateuco Samaritano y la traducción griega antigua del Antiguo Testamento, o Septuaginta), además de la evidencia favorable a una permanencia más breve, está disponible en el *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 1, pp. 194-196, 313-315, 557).

El Señor luchará por ustedes; ¡no pierdan la calma!

Los israelitas estaban geográficamente acorralados. Ante ellos estaba el Mar Rojo, a un lado había montañas, y detrás de ellos estaba el poderoso y bien entrenado ejército del faraón (para más detalles, ver las páginas 289 a 292 del capítulo “El Éxodo” en el *libro Patriarcas y profetas*, de Elena de White). Humanamente hablando, era imposible escapar de esa situación. El pueblo estaba aterrorizado. No es de extrañar que Dios los animara por medio de Moisés con las siguientes palabras: “No teman. Manténganse tranquilos, y verán la salvación que el Señor les dará hoy” (Éxo. 14:13). Mantener la calma y esperar la intervención de Dios no es natural para nosotros. Queremos luchar cuando deberíamos, en cambio, esperar la intervención de Dios, guardar silencio, y avanzar por su gracia y su poder.

Era un momento de gran tensión. ¿Cómo reaccionaría el pueblo? El desarrollo de los acontecimientos fue extraordinario: Dios dio la orden de avanzar. La columna de nube, que representaba la presencia invisible de Dios, se trasladó de la parte delantera a la retaguardia del pueblo, interponiéndose “entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel” (Éxo. 14:20). Moisés extendió su mano. Un viento del este dividió las aguas y dejó al descubierto la tierra seca. Israel marchó a través del corredor abierto en medio del mar. Los egipcios intentaron perseguirlos, pero el Señor confundió al ejército del faraón, y todos los soldados se ahogaron mientras que los israelitas llegaron a salvo al otro lado del Mar Rojo. Así experimentaron la espectacular victoria de Dios al salvarlos.

Egipto representa a quienes se oponen a Dios y lo rechazan. Los egipcios fracasaron por dos motivos: (1) se rebelaron obstinadamente contra Dios, y (2) desearon capturar y esclavizar a los israelitas. La codicia y la violencia los llevaron a la destrucción. Había una enorme diferencia entre servir al Señor, quien concedía gracia, libertad y salvación, y el servicio impuesto por el faraón y caracterizado por la obediencia ciega, las órdenes aterradoras, la esclavitud y, en última instancia, la muerte.

El Señor salva

En el centro mismo del libro de Éxodo se encuentra la frase crucial: “El Señor salvó ese día a Israel” (Éxo. 14:30), que opera como epicentro teológico de todo el libro, pues todo fluye hacia esa declaración y desde ella. Esta es la única ocasión en que se utiliza

esta frase en Éxodo. La salvación vino del Señor. El verbo hebreo *yasha'* está repleto de teología, ya que significa “salvar”, “rescatar”, “redimir”, y forma parte del nombre de Jesús (y de Josué e Isaías entre otros), que significa “el Señor salva” (ver Mat. 1:21). Dios salvó a todos los israelitas, mientras que todo el ejército del faraón pereció: “No quedó ni uno de ellos” (Éxo. 14:28). La victoria del Señor fue gloriosa y total.

En respuesta a la poderosa liberación divina en favor de ellos, los israelitas reverenciaron a Dios y confiaron en él (Éxo. 14:31). El texto menciona que esta reacción positiva ocurrió cuando vieron el despliegue del gran poder del Señor contra los egipcios. Probablemente el objetivo del faraón y su ejército haya sido matar a muchos de los israelitas como demostración de su poder y volver a esclavizar amargamente al resto. Esto no ocurrió gracias a la amorosa y justa intervención de Dios. La respuesta de Israel fue prorrumpir en alabanzas expresadas en forma de cántico.

Los cánticos de Moisés y María

Como broche de oro del milagro del éxodo, Moisés ordena a los israelitas que alaben al Señor mediante un cántico cuya letra consta de una exquisita poesía cargada de ricas imágenes (el trasfondo de esta alabanza grupal se encuentra en Éxo. 15:19). Los cánticos de Moisés y María eran expresiones de victoria y gratitud. El Señor es presentado en ellos como poderoso Guerrero. La frase culminante es “el Señor reinará por los siglos de los siglos” (Éxo. 15:18), y puesto que es el Rey exaltado y eterno Moisés declara que el Señor es su fortaleza, su canción, su salvación y su Dios; por eso lo alabará y lo exaltará (Éxo. 15:1, 2). Nadie es como él, “magnífico en santidad, terrible en prodigios, autor de maravillas” (Éxo. 15:11). Moisés se dirige al Señor y lo glorifica: “Con la grandeza de tu poder has trastornado a los que se levantaron contra ti” (Éxo. 15:7) y continúa: “En tu bondad condujiste a este pueblo que rescataste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada” (Éxo. 15:13). Este lugar, al que se hace referencia en Éxodo 15:17, se denomina “santuario” y está situado “en el monte de tu herencia”. El poema es un cántico profético que tiene en mente el templo de Jerusalén.

La canción está formada por siete estrofas temáticas: (1) la exaltación de Dios (vers. 1-3); (2) la victoria del Señor sobre el faraón (vers. 4, 5); (3) la majestuosa grandeza de Dios (vers. 6, 7); (4) el poder creador y el juicio del Señor (vers. 8-10); (5) la singularidad de Dios (vers. 11); (6) el amor del Señor y la redención de su pueblo de manos de sus enemigos (vers. 12-16a); y (7) el descanso que Dios da como Rey a su pueblo en la Tierra Prometida (vers. 16b-18). En Éxodo 15:6, 11 y 16 se repiten dos frases como un recurso enfático. El poema se hace eco del relato de la Creación de Génesis 1 y 2, y señala así un nuevo comienzo para el pueblo de Dios, la creación de Israel como nación liberada.

María era considerada una profetisa. Su breve cántico (Éxo. 15:21) repite muchos de los motivos del de Moisés (Éxo. 15:1), pero hay una diferencia importante entre ambas expresiones de alabanza. María insta enfáticamente (se utiliza una forma verbal imperativa) a todas las mujeres a alabar al Señor con panderos. Su corazón rebosa de gratitud y lidera a las demás en la expresión del mismo sentimiento. Lo más probable es que ellas entonaran todo el cántico, abreviado en el relato escrito, con las primeras líneas como título.

Lección 6 // Material auxiliar para el maestro

En el mar de cristal, los redimidos cantarán el cántico de Moisés y del Cordero (Apoc. 15:2-4). Estos himnos de liberación y victoria reflejan el amor, la justicia y el poder de Dios.

El apóstol Pablo emplea la imagen del cruce del Mar Rojo como metáfora del bautismo de Israel en Cristo (ver 1 Cor. 10:2).

APLICACIÓN A LA VIDA

1. Confiar en el Señor y en sus promesas es a menudo difícil, especialmente en tiempos peligrosos, cuando su ayuda no es visible y no llega inmediatamente. ¿Qué significa mantener la calma para ver la liberación de Dios?
2. El Señor dijo a Moisés que no solo orara, sino también siguiera adelante. ¿Lucha Dios en lugar de nosotros en todas las situaciones de la vida o espera que hagamos nuestra parte en respuesta a su conducción? ¿Cómo podemos saber cuándo esperar y cuándo actuar?
3. ¿Por qué necesita Dios a menudo animarnos diciéndonos: “No temas”? ¿Por qué nos desanimamos tan fácilmente?
4. ¿Cómo fue glorificado el Señor mediante la derrota del faraón y su ejército? ¿En qué consiste la gloria de Dios?
5. ¿Cómo podían los egipcios saber que Dios estaba actuando mediante las calamidades que se abatían sobre su tierra?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 16:28-30.

Enfoque del estudio: Éxodo 15:22-18:27.

Introducción

La intervención milagrosa de Dios para rescatar a su pueblo de la esclavitud, un hecho sin precedentes e irrepetible, debía ser recordada y conmemorada regularmente en ocasión de la Pascua. Los israelitas fueron liberados, pero la libertad tiene un precio muy elevado. Dios realizó sus señales y sus maravillas en favor de Israel, lo que implicó los juicios divinos que cayeron sobre Egipto. Estos juicios no fueron meramente punitivos para los egipcios, sino también instructivos para los israelitas, ya que les ayudaron a conocer al Dios verdadero y a descubrir los valores reales y duraderos de la vida. Dios se presentó como un amoroso y justo Redentor, un poderoso Guerrero que rescató a Israel de la esclavitud. Estos dramáticos acontecimientos tenían el propósito de llevar al pueblo de Dios a confiar plenamente en él como su sabio Guía y Protector, y a depender de su conducción.

Después de la gran liberación de Egipto, la experiencia del Mar Rojo y la espléndida celebración de la salvación de Dios de manos del faraón y su ejército, Dios condujo a Israel al desierto de Shur, donde viajaron durante tres días sin encontrar agua. Esto representó otra prueba para la confianza de los israelitas en el Señor (Éxo. 15:25). Justo antes de esa prueba, ellos habían confiado en él tras cruzar el Mar Rojo y ver la derrota del faraón (Éxo. 14:31). ¿Seguirían confiando en Dios como su Líder? Todo lo que había sucedido en los últimos días y semanas debería haber quedado grabado en sus memorias. ¿Recordarían la conducción de Dios cuando surgieran nuevas dificultades?

Dios cuidó de Israel como un padre amoroso y los guio pacientemente a través del desierto. Tuvo que enseñarles lecciones dolorosas cuando murmuraban; sin embargo, les proporcionó amorosamente agua, codornices y maná, y los instruyó acerca de cómo santificar el sábado.

COMENTARIO

Éxodo 15:22 a 18:27 describe el viaje de Israel al Sinaí. El pasaje consta de cinco narraciones, dos de ellas relacionadas con el don del agua. La primera, en Mara, se refiere a la potabilización del agua amarga (Éxo. 15:22-27). El segundo relato tiene que ver con el agua que brotó de una roca (Éxo. 17:1-7). Entre estos dos relatos se encuentran los milagros de la alimentación divina mediante las codornices y el maná e instrucciones acerca de cómo guardar el sábado (Éxo. 16:1-36). Estos tres prodigios –agua, codornices y maná– son seguidos por dos relatos adicionales: el regalo de la victoria del Señor sobre los amalecitas (Éxo. 17:8-16) y la visita de Jetro, durante la cual dio sabios consejos a Moisés (Éxo. 18:1-27).

El don del agua en Mara

La palabra hebrea *lun* (“murmurar”, “refunfuñar”, “quejarse”) aparece por primera vez en el libro de Éxodo como parte del relato acerca de la falta de agua potable en el desierto de Shur. Los israelitas se detuvieron en Mara, donde el agua era amarga, por lo

que “el pueblo murmuró contra Moisés” (Éxo. 15:24). Lamentablemente, el término *lun* aparece una y otra vez durante el deambular de Israel por el desierto y se destaca en los relatos del maná y las codornices, donde aparece ocho veces (como verbo en Éxo. 16:2, 7 y 8; como sustantivo en Éxo. 16:7 y 8; y dos veces más en los vers. 9 y 12). También se encuentra en el relato siguiente acerca del agua que brota de la roca en la narración de Refidim (Éxo. 17:3-6). La acción de murmurar o refunfuñar aparece también en Números (Núm. 14:2, 27, 29, 36; 16:11, 41; 17:5, 10). Este término aparece fuera del Pentateuco solamente en Josué 9:18.

Cuando el pueblo se quejó, Moisés clamó al Señor, quien ahora es mencionado por tercera vez en Éxodo (Éxo. 8:12; 14:15; 15:25). El Señor indicó a Moisés que arrojara un trozo de madera en el agua amarga, la cual se volvió potable en respuesta a la obediencia a las instrucciones divinas. En el contexto de la potabilización del agua, el Señor prometió que no traería sobre ellos “ninguna enfermedad [hebreo: *majalah*] de las que envié a los egipcios”, si lo escuchaban atentamente y le eran obedientes. Para destacar la confiabilidad de su promesa, utilizó la fórmula con la que se identificaba como Dios: “Yo soy el Señor, tu Sanador” (Éxo. 15:26). El Señor se refería a las diversas enfermedades relacionadas con las diez plagas (ver también la promesa de Dios en Éxo. 23:25). Ninguna de estas plagas caería sobre los fieles.

El agua es la fuente y el sustento de la vida, la cual no es posible sin agua, sobre todo en el desierto. Sin ella, solo se puede sobrevivir unos días. No es de extrañar que en Éxodo y Números tengamos varios relatos y milagros importantes relacionados con el agua. Después, Israel acampó en Elim, donde había mucha agua y el alivio de la sombra de las palmeras que allí crecían.

Las codornices, el don del maná y el sábado

El Señor respondió misericordiosamente a las murmuraciones del pueblo, que se quejaba por no tener carne y otros alimentos que habían disfrutado en Egipto. Su queja estaba llena de exageraciones y amarga ironía. Los israelitas recordaban sus platos llenos mientras trabajaban como esclavos para el faraón. En respuesta, sin embargo, el Señor prometió que les proporcionaría pan del cielo y también codornices. Dijo que tendrían codornices por la tarde y pan del cielo por la mañana, y así fue exactamente (Éxo. 16:13). Nunca antes habían visto maná, así que preguntaron: “¿Qué es esto?” (Éxo. 16:15), lo cual es el significado de la palabra “maná”.

Mediante el don del maná, Dios enseñó a los israelitas cómo observar el sábado. Jesús llamó al maná el “pan del cielo” (Juan 6:31) en referencia a Éxodo 16:4. El maná era el pan que el Señor daba de comer a su pueblo en el desierto (Éxo. 16:15). Los israelitas recibieron maná durante cuarenta años (Éxo. 16:35). La provisión de este alimento celestial cesó únicamente cuando los israelitas celebraron su primera Pascua en la Tierra Prometida (Jos. 5:10-12).

Durante los cuarenta años de permanencia de los israelitas en el desierto, cada semana ocurrían cuatro milagros que les enseñaron el carácter sagrado del sábado: (1) el maná descendía del cielo todos los días, excepto el sábado; (2) si alguien recogía maná para el

Lección 7 // Material auxiliar para el maestro

día siguiente durante la semana, el “pan del cielo” se echaba a perder al día siguiente; (3) cada viernes, el día de preparación para el sábado, caía una porción doble de maná; y (4) el maná recogido los viernes no se echaba a perder, sino que permanecía fresco para su consumo el sábado. Así, el Señor proveía todos los días para las necesidades de Israel. Seis días a la semana tenían que salir a recoger el maná, un recordatorio de que cada día dependían completamente de él.

Otro milagro relacionado con el pan del cielo fue la orden dada por el Señor a Moisés de tomar un omer de maná (medida equivalente a unos 1,7 kg) y colocarlo dentro de una vasija ante el Arca del Pacto (Éxo. 16:34). Más tarde, ese maná fue colocado dentro del Arca del Pacto (Heb. 9:4) como recordatorio para las generaciones futuras. Este maná no se echaba a perder, a pesar de que originalmente solamente se conservaba en buen estado durante dos días como máximo, de viernes a sábado.

El sustantivo “sábado” (hebreo: *shabbat*) aparece varias veces en el libro de Éxodo y es mencionado por primera vez en la Biblia en Éxodo 16:23, donde se lo describe como “el santo sábado (hebreo: *shabbaton*), el reposo consagrado al Señor”. Este versículo es el primer mandato explícito acerca de la observancia del sábado y contiene tres imperativos: “cocer”, “hervir” y “guardar”. El sábado debía ser celebrado. Es interesante que el versículo 25 añade el cuarto imperativo: “Cómanlo hoy”. La acción de comer está estrechamente ligada a la observancia del sábado. El término “hoy” es utilizado tres veces en este texto en conexión con el sábado, enfatizando así el milagro de comer el maná en sábado porque Dios lo proveyó. En el versículo 25 se afirma que este es un “sábado del Señor”, y el versículo 26 explica que el sábado es el séptimo día de la semana. El versículo 30 relaciona el sábado con el descanso: “El pueblo reposó [hebreo: *shabat*] el séptimo día”. Las tres palabras clave de Éxodo 16:23 al 30 (“sábado”, “hoy” y “reposo”) lo conectan con Hebreos 4:7 al 10, donde el autor también desarrolla esos tres conceptos: “sábado”, “hoy” y “descanso”. La palabra “sábado” aparece también en Éxodo 16:25, 26 y 29; 20:8, 10 y 11; 31:14, 15 (dos veces) y 16; y 35:2 y 3.

En el clímax del relato acerca del maná, cuando algunas personas salieron en sábado a recogerlo, Dios hizo una pregunta muy aguda: “¿Hasta cuándo se negarán a guardar mis mandamientos y mis leyes?” (Éxo. 16:28). El Señor utiliza la palabra “negarse” para describir la acción deliberada de ellos. Necesitaban aprender que el sábado era un don, lo que era destacado por el hecho de que el Señor les proveía anticipadamente el alimento para ese día a fin de que no necesitaran recogerlo entonces.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. Jesús afirmó que era “el pan de vida” (Juan 6:35, 48). ¿Cómo podemos tener una relación tan estrecha con Jesucristo al punto de que él se convierta en nuestro “alimento” y “bebida” de cada día?
2. ¿Cuándo y cómo deberíamos ayudar a quienes se lamentan de las dificultades de la vida? ¿Cuándo no deberíamos escuchar quejas?
3. Dios estaba presente en la columna de nube y en la columna de fuego, pero los israelitas dieron por sentada su presencia. También nosotros podemos no apreciar debi-

damente algo extraordinario que Dios esté haciendo en nuestro medio. ¿Cómo podemos mantener viva nuestra admiración por el carácter sagrado de Dios y de sus obras?

4. La visita de Jetro es por excelencia una narración acerca del liderazgo piadoso. Moisés estaba aprendiendo y desarrollando sus habilidades como dirigente. Era un líder centrado en Dios que reconocía la conducción divina en su vida y en la de Israel. También era un oyente excepcional, lleno de gratitud y alabanza hacia Dios. Era un visionario, pero necesitaba aprender a delegar responsabilidades. Era capaz de aprender a pesar de ser un poderoso líder. ¿Qué le permitía a Moisés estar abierto a nuevas ideas y a aceptar que había áreas en las que podía mejorar sin interpretar las críticas constructivas como un ataque personal ni sentirse amenazado por las sugerencias de crecimiento?

5. En referencia al milagro del agua que brotó de la roca en Refidim, Pablo afirma que Jesús era la Roca (1 Cor. 10:4). En ese relato, el pueblo se quejó y puso a prueba al Señor (Éxo. 17:2). En Malaquías 3:10 se nos invita a poner a prueba a Dios. ¿Cuál es la diferencia entre poner a prueba a Dios en sentido negativo y en sentido positivo? ¿Cómo podemos probar a Dios de manera equivocada?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 19:4-6.

Enfoque del estudio: Éxodo 19:1-20:20.

Introducción

Dios hizo un pacto con su pueblo en el Sinaí. Él fue el iniciador de ese acuerdo y, como tal, le concedió su gracia y estableció una relación especial con Israel. Dios quería que aquel fuera su pueblo especial, su posesión preciada, un reino de sacerdotes, una nación santa. El éxito de Israel dependería de su respuesta positiva a la amorosa conducción de Dios y a los poderosos actos que realizó en su favor en Egipto y en el camino al Sinaí. Dios ya los había invitado a seguirlo y les demostró que tenía en mente un futuro brillante para ellos. Si tan solo seguían sus instrucciones y procuraban cultivar una relación genuina con él, Dios los conduciría de una manera sin precedentes hacia la Tierra Prometida. Necesitaban aprender quién era él y apreciar lo que hacía por ellos para admirarlo, amarlo, serle obedientes y adorarlo. El don del Decálogo reveló los principios que hacen posible una vida feliz, equilibrada y próspera.

Temática de la lección:

Al liberar a Israel de Egipto y guiarlo a través del Mar Rojo y el desierto hasta el monte Sinaí, Dios deseaba conducirlos hacia él (Éxo. 19:4). Los instruyó durante aproximadamente un año mediante este proceso y fue como un padre amoroso para su pueblo, mostrándole lo que era más conveniente para su prosperidad. El pueblo vio cómo Dios derrotó a las deidades egipcias y cuidó de ellos a través de las plagas y su salida de Egipto. Les dio luego su regalo máspreciado, los Diez Mandamientos, para enseñarles a respetarlo y reverenciarlo como su Dios (Éxo. 20:20). En esta lección reflexionamos acerca de las diversas funciones del Decálogo.

COMENTARIO

El Decálogo constituye el corazón de la revelación de Dios y de la ética bíblica, y tiene la salvación como premisa. Es la Carta Magna de la enseñanza bíblica, su resumen y el modelo de todos los preceptos. Constituye la sustancia y el fundamento de las normas divinas para la humanidad, y sus principios son eternos. El relato que presenta el Pentateuco acerca de la entrega del Decálogo subraya que fue anunciado por Dios (Éxo. 19:19; 20:1; Deut. 5:4, 5, 24) y escrito por él (Éxo. 24:12; 31:18; Deut. 5:22). Fue entregado dos veces a Moisés como un don especial (Éxo. 32:19; 34:1; Deut. 10:1, 2). En el libro de Éxodo, el Decálogo es llamado “el testimonio” (Éxo. 31:18) y “las palabras del pacto” (Éxo. 34:28). La expresión “los Diez Mandamientos” no aparece como tal en hebreo, aunque en Éxodo 20:6 se hace referencia a ellos como “mandamientos”. En cambio, el Decálogo es designado tres veces en hebreo como “las diez palabras” (hebreo: *‘aseret haddebarim*; ver el uso de esta expresión en Éxo. 34:28; Deut. 4:13; 10:4).

Tanto en Éxodo como en Deuteronomio, el Decálogo se sitúa al principio de las colecciones de leyes y de su interpretación. Existen dos versiones del Decálogo, con muy ligeras

Lección 8 // Material auxiliar para el maestro

diferencias. La primera aparece en Éxodo 20:1 al 17 y la otra en Deuteronomio 5:6 al 21. La segunda versión, presentada oralmente por Moisés a Israel, tuvo lugar casi cuarenta años después, justo antes de la entrada en la Tierra Prometida (Deut. 1:3, 4; 4:44-47). Estas circunstancias explican la ligera diferencia que existe entre estas dos versiones del Decálogo. Cuando Pablo dice que el amor es el resume la Ley, cita el Decálogo (Rom. 13:8-10; Gál. 5:14). El amor es, de hecho, la suma de la Ley de Dios, pues él es el Dios del amor (1 Juan 4:16).

Aunque las leyes particulares del Decálogo ya eran conocidas en síntesis antes del Sinaí, Dios mismo decidió presentar formalmente el Decálogo a su pueblo y a la humanidad, pues los Mandamientos reflejan de manera sistemática quién es él, así como su carácter y sus valores.

La función de la Ley no es enseñarnos a obtener la salvación mediante su observancia. Es decir, no debemos guardar la Ley de Dios para salvarnos, sino porque ya hemos aceptado la salvación. La Ley no es la fuente de la vida eterna, sino el medio por el que manifestamos y expresamos la vida eterna que ya hemos recibido.

En la Biblia, la Ley de Dios es vista de forma muy positiva (Mat. 5:16, 17; Juan 14:15; 1 Cor. 7:19; Gál. 3:21). Es posible crear poemas acerca de ella (como el Sal. 119, una obra maestra), cantar acerca de ella (Sal. 19), y meditar en ella día y noche (Sal. 1:2; Jos. 1:8) porque ella protege del mal, y comunica sabiduría, entendimiento, salud, prosperidad y paz (Deut. 4:1-6; Prov. 2-3).

El Decálogo tiene varias funciones cruciales:

1. La Ley de Dios es una garantía de libertad (Gén. 2:16, 17; Sant. 2:12). Es como una valla que crea un gran espacio libre para la vida y advierte que más allá de un punto concreto hay peligro, problemas, complicaciones y muerte. No hay futuro para quienes van más allá del círculo de la verdadera libertad.

2. La Ley es un espejo (Sant. 1:23-25). En ella podemos ver cuán sucios estamos y cuánto necesitamos ser purificados. El Decálogo revela nuestra pecaminosidad. Sin embargo, no puede purificarnos del pecado ni de la culpa (Rom. 3:20).

3. La Ley de Dios es una señal. Como tal, nos conduce como un pedagogo, o maestro, hacia Cristo (Gál. 3:24). Señala a Jesús, quien nos limpia al perdonar nuestros pecados y transformar nuestra vida (2 Cor. 5:17; 1 Juan 1:7-9).

4. El Decálogo es la promesa que Dios nos hace. Al proclamar estas normas, Dios promete que ellas formarán parte de nuestra vida si mantenemos una estrecha relación con él. Él es el Garante que hará posible que estos preceptos se conviertan en nuestro estilo de vida permanente. Desarrollaremos una relación tan íntima con él que no desearemos lo que está prohibido. Permaneceremos felizmente en comunión con él, pidiéndole que haga realidad esta obediencia en nosotros mediante el poder de su gracia, de su Palabra y del Espíritu Santo.

En el Decálogo, los mandamientos cuarto y quinto aparecen en hebreo como órdenes positivas expresadas como infinitivo absoluto, el cual tiene dos significados en el contexto legal o jurídico: una orden o una promesa enfática (*Gesenius' Hebrew grammar* [Clarendon, 1910], pp. 339-347). Los demás mandamientos se expresan como mandatos negativos empleando la partícula de negación *lō* ("no") seguida de la forma verbal conocida como

imperfecto. Además de que el significado de tal expresión hebrea es una prohibición permanente, y por lo tanto, un mandamiento, se ha sugerido que también puede expresar una situación futura, como si se tratara de una promesa (Jacques B. Doukhan, *Hebrew for theologians* [University Press of America, 1993], p. 41). Se puede encontrar apoyo para la interpretación del Decálogo como una promesa en Jueces 6:23, donde el Señor promete a Gedeón: “No morirás”. La construcción gramatical en esta frase es exactamente la misma que en el Decálogo.

El significado hebreo del término *dabar*, utilizado para describir los Diez Mandamientos, no significa necesariamente “mandamiento”, sino “palabra”, o “promesa” (ver, por ejemplo, dicho matiz del sustantivo *dabar* en 1 Rey. 8:56; 2 Crón. 1:9; Neh. 5:12, 13; Sal. 105:42; ver, además, los usos de *dabar* como verbo con el significado de “prometer” en Deut. 1:11; 6:3; 9:28; Jos. 9:21; 22:4; 23:5).

Elena de White confirma esta interpretación con la siguiente declaración acerca de la función del Decálogo: “Los Diez Mandamientos [...] son diez promesas” (*Dios nos cuida* [ACES, 1991], p. 231). “En cada mandato o precepto que Dios da hay, implícita en dicho mandato, una promesa, la más positiva” (*El discurso maestro de Jesucristo* [ACES, 2010], p. 72). Además, ella subraya que “la voz de Dios procedente del Cielo” habla al alma en “esta promesa: ‘Haz esto, y no estarás bajo el dominio y la dirección de Satanás’ ” (*Dios nos cuida*, p. 231).

Las aparentes restricciones de la Ley son solo para nuestro bien, ya que tienen el propósito de preservar la felicidad y la vida (Miq. 6:8; Juan 10:10). La Ley es la norma de conducta para quienes confían en Dios y son salvados por su gracia mediante la fe en Cristo.

El lugar de la Ley en el Nuevo Pacto es asombroso, ya que está colocada en el corazón (ver Mat. 5:21-48) y no debe verse como una carga, sino como un gozo.

Quienes viven en armonía con el Decálogo van en pos de sus promesas con una motivación correcta, ya que obedecen sus preceptos movidos por la gratitud que sienten por lo que Dios hizo y está haciendo en favor de ellos. La gracia no modifica la Ley, sino nuestra actitud hacia ella. Pablo está en contra del legalismo y del mal uso de la Ley de Dios, pero no en contra de la Ley misma (Rom. 7:9-12).

Jesucristo es el *telos* de la Ley (Rom. 10:4); es decir, su meta y propósito, no el fin en el sentido de terminación o cesación de su vigencia o validez. Cristo es la llave hermenéutica que abre el verdadero significado y propósito de la Ley. Por lo tanto, sería incorrecto afirmar que Cristo invalidó, terminó, sustituyó o abrogó la Ley. Por el contrario, Cristo es quien da sentido a la Ley.

Como Josué recordó a su audiencia, no somos capaces de obedecer a Dios: “No podrán servir al Señor” (Jos. 24:19). Sin embargo, si pedimos a Dios que se haga cargo de nuestra debilidad, él nos hará fuertes. Nos dará su Espíritu Santo, que nos impulsará a serle obedientes (Eze. 36:27). Pablo dice: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor. 12:10). La obediencia es resultado de la obra del Espíritu Santo en nosotros.

Lección 8 // Material auxiliar para el maestro

APLICACIÓN A LA VIDA

Plantea a tus alumnos las siguientes preguntas:

1. Como seres humanos, solo podemos decidir hacer lo correcto bajo la influencia de la gracia de Dios. Tenemos que decidir serle obedientes, pero no tenemos poder para hacerlo ni para seguirlo. Necesitamos ayuda externa a nosotros a causa de nuestra fragilidad y debilidad. La buena noticia es que él hace surgir en nosotros el deseo de obedecer y nos da el poder para hacerlo cuando respondemos a su llamado de amor (Fil. 2:13). En un sentido práctico, ¿cómo están estas provisiones actuando en tu vida?

2. Todo mandato de Dios implica su capacitación para serle obedientes. Elena de White afirma que “todos sus mandatos son habilitaciones” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 268). Desde esa perspectiva, los Diez Mandamientos son en realidad diez bienaventuranzas. ¿En qué sentido pueden los mandamientos de Dios capacitar a los creyentes para serle obedientes y de qué manera?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 20:22-24.

Enfoque del estudio: Éxodo 20:21-23:33.

Introducción

Además de la Ley moral, también conocida como Decálogo, los Diez Mandamientos, o las Diez Promesas de Dios, el Señor también dio a Moisés los *mishpatim*, palabra que significa literalmente “juicios” y que también es traducida como ordenanzas, reglas, leyes o reglamentos. Estas leyes aplicaban los principios del Decálogo a la vida cotidiana de los israelitas. Esta sección de leyes, escrita por Moisés en un rollo, recibió el nombre de “libro del pacto” (Éxo. 24:7) y es ampliada en Éxodo 20:22 a 23:19, tras lo cual se presenta el sermón de Dios acerca de cómo y bajo qué condiciones conduciría a su pueblo a la Tierra Prometida (Éxo. 23:20-33).

Temática de la lección:

Dios amplía las Diez Promesas, Diez Palabras, o Decálogo, y las explica a su pueblo en el Código del Pacto, lo que resulta evidente a la luz de los siguientes pasajes:

1. La primera promesa se refiere al Dios único y viviente (Éxo. 20:23a; 23:13).
2. La segunda promesa tiene que ver con la adoración verdadera y el rechazo de la idolatría (Éxo. 20:23b; 22:20; 23:24, 32b, 33).
3. La tercera promesa trata acerca de la reverencia hacia Dios y lo que él representa (Éxo. 22:28a).
4. La cuarta promesa se refiere al descanso sabático (Éxo. 23:10-12).
5. La quinta promesa subraya el deber de los hijos de honrar a sus padres (Éxo. 21:15, 17).
6. La sexta promesa tiene que ver con el respeto a la vida (Éxo. 21:12-14, 23, 29).
7. La séptima promesa se enfoca en el respeto al matrimonio (Éxo. 22:16, 17).
8. La octava promesa destaca el respeto a la propiedad (Éxo. 22:1-4).
9. La novena promesa gira en torno al respeto hacia la reputación de las personas y la verdad (Éxo. 22:11; 23:1-9).
10. La décima promesa tocante al respeto propio, la pureza mental y contra la codicia permea todo el Código del Pacto.

Estas leyes (algunas aplicables a situaciones específicas, otras de aplicación universal o incondicional) reflejan el Decálogo en sentido amplio. Por ejemplo, todas las prescripciones relativas a las injurias o daños apuntan a la sexta Promesa, o Mandamiento, mientras las regulaciones relacionadas con el robo señalan hacia la octava. El objetivo de estos pronunciamientos era ayudar a los creyentes a ser hombres y mujeres íntegros.

COMENTARIO

Éxodo 19 a 24 se refiere al establecimiento (Éxo. 19:3-8) y la renovación o confirmación del pacto de Dios con su pueblo en una ceremonia solemne que incluyó la aspersion de sangre como ratificación o sellamiento de ese pacto (Éxo. 24:3-8). Entre ambos textos se presentan los principios fundamentales del carácter de Dios en relación con la humanidad.

Estos valores universales y eternos, que trascienden las épocas y las culturas, se expresan en la Ley Moral, o Decálogo (Éxo. 20:1-17), y son luego explicados más detalladamente en el Código del Pacto (Éxo. 20:22-23:33). La aplicación y extensión del Decálogo en forma de Código del Pacto puede ser estructurada de la siguiente manera:

El Prólogo (Éxo. 20:22-21:1)

1. Casos relacionados con los esclavos hebreos (Éxo. 21:2-11).
2. Casos relacionados con la pena de muerte (Éxo. 21:12-17).
3. Casos relacionados con lesiones personales (Éxo. 21:18-32).
4. Casos de daños a la propiedad, protección de ella y robo (Éxo. 21:33-22:15).
5. Casos relacionados con la vida en sociedad (Éxo. 22:16-31).
6. Casos relacionados con la justicia y la vecindad (Éxo. 23:1-9).
7. Leyes relacionadas con los ciclos y las festividades sagradas (Éxo. 23:10-19).

El epílogo (Éxo. 23:20-33)

Los principios que están detrás de estas regulaciones del Código del Pacto pueden ser aplicados aún hoy, pero sin implementar las penas o castigos adjuntos ya que fueron enunciados para el sistema teocrático de Israel y limitados a ese contexto original. La teocracia y las leyes relacionadas con los sacrificios terminaron con la muerte de Jesús en la Cruz (Dan. 9:25-27; Mat. 27:51; Col. 2:14) y con el apedreamiento del diácono Esteban en el año 34 d. C. (Hech. 7:54-60). La muerte de Esteban marcó el final de la profecía de las 70 semanas de Daniel 9:24 al 27, cumpliendo así el tiempo determinado para los judíos como nación y marcando el comienzo de la proclamación del evangelio a todo el mundo, tanto a judíos como a gentiles (Mat. 28:18-20; Hech. 1:8).

“Donde yo establezca la memoria de mi nombre” (Éxo. 20:24)

En el prólogo de los Diez Mandamientos, que establece el tono de lo que sigue, Dios declara: “Ustedes han visto que les hablé desde el cielo [refiriéndose a la reciente proclamación majestuosa, oral y pública de los Diez Mandamientos; ver Éxo. 20:1; Deut. 5:24] [...] Donde yo establezca la memoria [hebreo: *zakar*: “recordar”] de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré” (Éxo. 20:22-24). Este cuádruple énfasis en lo que Dios hizo y haría es crucial. La estructura gramatical traducida como “donde yo establezca la memoria de mi nombre” (Éxo. 20:24) tiene al Señor como sujeto. Dios mismo quería asegurar a su pueblo que estaría con ellos. El Señor les prometió que estaría con ellos en los lugares donde estableciera su nombre y haría que fuera honrado; allí los bendeciría.

Esos lugares incluían numerosos puntos geográficos transitorios y especialmente, más tarde, el templo de Jerusalén, donde él sería adorado genuinamente. La declaración implica que las personas debían responder adecuadamente y cultivar una relación con él. Su presencia y bendición no eran algo automático, sino que él estaría donde su nombre fuera recordado. Esto está vinculado con la revelación que Dios hizo de su nombre a Moisés y, por su intermedio, a los israelitas, el nombre por el cual debía ser recordado “para siempre” (Éxo. 3:15). En consecuencia, en el centro teológico de las leyes de Éxodo

Lección 9 // Material auxiliar para el maestro

20:24-26 acerca del altar se subrayan la presencia y la bendición de Dios. El Señor ya había demostrado que estaba en Egipto, aunque los egipcios no lo reconocieran como quien era (Éxo. 8:22). Pero ahora proclamó que estaría en medio de su pueblo.

El versículo central de Éxodo

Según los comentarios marginales masoréticos al texto hebreo de Éxodo, el versículo central del libro se encuentra en Éxodo 22:27. Este texto se centra en uno de los atributos fundamentales de Dios: su gracia, que él concede gratuitamente y que consiste en un don inmerecido ofrecido a los seres humanos. El contexto habla del cuidado de Dios hacia los pobres y de la razón de ello: “Porque soy compasivo”. Obsérvese que este es el único atributo del Señor que se enmarca en la Escritura dentro de la identificación que él hace de sí mismo como “Yo soy”. La compasión es parte de la naturaleza moral de Dios y de su carácter. El Señor es compasivo por naturaleza. Esta verdad esencial acerca de Dios es mencionada cuatro veces en Éxodo: dos veces como adjetivo (Éxo. 22:27; 34:6), y dos veces en forma de verbo (Éxo. 33:19).

El pueblo de Dios debe ser tan misericordioso como Dios, al ayudar desinteresadamente a los necesitados.

La ley del talión (Éxo. 21:23-25)

La llamada ley del talión es a menudo malinterpretada y utilizada para desacreditar el carácter de Dios y las enseñanzas del Antiguo Testamento. Es decir, para “demostrar” que el Dios del Antiguo Testamento era vengativo. Esta noción está lejos de la verdad y de la comprensión del significado y la intención de esa ley, ya que su propósito era limitar las represalias o venganzas personales, disuadiendo así a un individuo o familia de tomar la justicia en sus manos. Se trataba de una ley humana destinada a los jueces que trataban diferentes casos cuando se habían producido lesiones o daños. La ley debía garantizar la aplicación de una indemnización adecuada, no exagerada. La recompensa económica estaba principalmente detrás de estas regulaciones (ver, por ejemplo, Éxo. 21:19, 22, 30, 32, 34-36) u ofrecimientos de libertad de la esclavitud (Éxo. 21:26, 27), para que la comunidad israelita estuviera protegida y se restringiera el mal.

La conquista de Canaán

Dios aseguró a los israelitas que, así como había luchado por ellos en ocasión del cruce del Mar Rojo (Éxo. 14:13, 14, 26-31), volvería a hacerlo cuando entraran en la Tierra Prometida. Él mismo iría delante de ellos y derrotaría a sus enemigos (Éxo. 23:20-31). Dios aparece trece veces en este pasaje como sujeto de diversas acciones en favor de su pueblo. Allí declara lo que haría por Israel para que este heredara la Tierra Prometida:

- “Yo envío mi ángel delante de ti” (Éxo. 23:20).
- “Seré enemigo de tus enemigos” (Éxo. 23:22a).
- “Afligiré a los que te aflijan” (Éxo. 23:22b).
- “A quienes yo destruiré” (Éxo. 23:23).
- “Quitaré toda enfermedad de en medio de ti” (Éxo. 23:25).

- “¡Yo te concederé larga vida!” (Éxo. 23:26, NVI).
- “Enviaré mi terror delante de ti” (Éxo. 23:27).
- “Llenaré de consternación a todo pueblo donde entres” (Éxo. 23:27).
- “Haré que todos tus enemigos huyan de ti” (Éxo. 23:27).
- “Enviaré la avispa delante de ti” (Éxo. 23:28).
- “Poco a poco los echaré de delante de ti” (Éxo. 23:30).
- “Extenderé las fronteras de tu país” (Éxo. 23:31, NVI).
- “Pondré en tus manos a los habitantes del país” (Éxo. 23:31).

Dios también dice claramente lo que su pueblo debía hacer para experimentar plenamente esta bendición divina:

1. “Presta atención” y “obedece” (Éxo. 23:21, NVI) a mi Ángel (Jesucristo preencarnado, designado como el Ángel del Señor; ver Gén. 16:7; Éxo. 3:2, 4, 7; 14:19);
2. “No le seas rebelde” (Éxo. 23:21);
3. “No te inclinarás a sus dioses [los dioses paganos], ni los servirás, ni harás como ellos [los paganos] hacen” (Éxo. 23:24);
4. “Los destruirás del todo, y quebrarás enteramente sus estatuas” (Éxo. 23:24);
5. “No harás alianza con ellos, ni con sus dioses” (Éxo. 23:32);
6. “En tu tierra no habitarán, para que no te hagan pecar contra mí al servir a sus dioses, porque te será de tropiezo” (Éxo. 23:33).

De esta manera, el Señor les advirtió enfáticamente que no establecieran relaciones de pacto con las naciones vecinas ni siguieran sus prácticas idólatras, pues tales relaciones y prácticas romperían la relación de Israel con el Dios viviente, su Creador y Redentor, causando su ruina.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. El plan original de Dios era que, al sonar el cuerno del carnero, su pueblo “subiera al monte” (Éxo. 19:13). ¿Qué sucedió y por qué los israelitas desaprovecharon esta gran invitación que Dios les hizo? Analiza con la clase textos como Éxodo 19:16b; 20:19; Deuteronomio 5:5, 25.
2. Según el relato (Éxo. 19), los israelitas tuvieron miedo cuando Dios les habló directamente. ¿Cuál es la diferencia entre un temor correcto y un temor incorrecto (Éxo. 20:19-21)? ¿Qué significa la enseñanza bíblica acerca de “temer a Dios”?
3. ¿Por qué es importante que nuestra relación con el Señor caracterice también nuestra vida cotidiana y nuestra manera de relacionarnos con quienes necesitan nuestra ayuda y respeto?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 24:3.

Enfoque del estudio: Éxodo 24:1-31:18.

Introducción

El Señor salvó a su pueblo del poder de Egipto, le dio la libertad, lo condujo a él a través del desierto y estableció su pacto de amor con él en el Sinaí (Éxo. 19:3-6; Deut. 7:9, 12; Neh. 9:32). Su gracia y su cuidado en favor de su pueblo fueron asombrosos. En un poderoso despliegue de su gloria en el Sinaí, pronunció las Diez Promesas (el don del Decálogo, registrado en Éxo. 20) y las explicó con más detalle en el Código del Pacto (Éxo. 20:22-23:19). Ahora, el Señor ratificó este pacto con Israel en una importante ceremonia que incluyó el sacrificio de animales, lo que señalaba hacia el futuro sacrificio de Cristo.

COMENTARIO

La ratificación del Pacto

La ratificación del Pacto incluyó varios elementos importantes:

- La presentación oral de las palabras y las leyes del Señor por parte de Moisés (Éxo. 24:3).
- El registro escrito del Libro del Pacto por parte de Moisés (Éxo. 24:4a).
- La construcción de un altar (Éxo. 24:4b).
- La colocación de doce columnas de piedra como representación de las doce tribus de Israel (Éxo. 24:4c).
- Holocaustos y ofrendas de paz (Éxo. 24:5).
- La aspersión de la mitad de la sangre del sacrificio sobre el Altar (Éxo. 24:6).
- La lectura del Libro del Pacto (Éxo. 24:7a).
- Las respuestas afirmativas del pueblo (Éxo. 24:3, 7b).
- La aspersión de la otra mitad de la sangre sacrificial sobre el pueblo (Éxo. 24:8a).
- La siguiente declaración pronunciada por Moisés: “Ésta es la sangre del pacto [frase que solo aparece aquí en el Antiguo Testamento; comparar con Zac. 9:11; Mat. 26:28; Mar. 14:24] que el Señor ha hecho con ustedes acerca de estas cosas” (Éxo. 24:8).
- Una comida de ratificación del pacto con 74 líderes en el monte Sinaí (Éxo. 24:9-11).

En el marco del Pacto, el pueblo de Dios respondió tres veces de la misma manera a las bondadosas palabras de Dios: “Haremos todo lo que el Señor ha dicho” (Éxo. 19:8; ver también Éxo. 24:3, 7). ¿Había algo de malo en semejante promesa? Sí, lo malo era la confianza propia del pueblo, su limitada comprensión del poder del pecado y de su propia naturaleza pecaminosa, y su incapacidad para reconocer la necesidad de la ayuda divina.

Solo unas semanas después, muchos de ellos estaban danzando alrededor del becerro de oro. La respuesta adecuada debió ser: “Haremos todo lo que el Señor ha dicho con la ayuda del Señor y por el poder de su gracia”.

Josué, un colaborador muy fiel de Moisés y más tarde un excelente líder del pueblo de Dios, escuchó estas promesas bien intencionadas y sabía lo frágiles, débiles y fáciles de

Lección 10 // Material auxiliar para el maestro

romper que eran. Varias veces fue testigo de la apostasía de los israelitas. Cuando más tarde repitieron: “Nosotros también serviremos al Señor” (Jos. 24:18), Josué les dijo con firmeza que no eran capaces de servir al Señor (Jos. 24:19) porque su decisión no era firme, ya que aún conservaban algunos ídolos paganos (ver Jos. 24:14, 23) y no dependían de la ayuda de Dios, sino de su propia fuerza de voluntad. Sin embargo, Josué declaró personalmente: “Yo y mi casa serviremos al Señor” (Jos. 24:15).

Dios convocó a Moisés, a Aarón y a dos de sus hijos, Nadab y Abiú, junto con setenta ancianos, para que se reunieran con él en el monte Sinaí (Éxo. 24:9, 10). Mediante su cercanía, Dios deseaba revelarles más plenamente quién era. En dicha ocasión, comieron y bebieron, aunque no se dice quién preparó el banquete. Lo más probable es que fuera el Señor mismo. Comer juntos era parte de la ratificación de un pacto, por lo que se trataba de una comida pactual. En tiempos bíblicos, el mero hecho de comer juntos establecía una profunda amistad y un vínculo de parentesco y hermandad. Si algo no iba bien entre quienes comían juntos, se daba lugar al perdón y los comensales prometían que se apoyarían mutuamente para siempre (ver, por ejemplo, la comida de Jacob y Labán en Gén. 31:54).

Experimentamos una comunión de pacto similar cuando celebramos la vida y la muerte de Jesús durante la Cena del Señor, o Santa Cena. Dios invita a los creyentes a mantener una estrecha relación con él y entre sí comiendo y bebiendo juntos. Quienes participamos en esa ceremonia constituimos por ello una sola familia con Cristo, pues esa conmemoración actualiza y hace tangible lo que él hizo por nosotros. La Cena del Señor es el momento en que su iglesia se restablece y se vuelve a constituir como una comunidad de fe que reconoce a Dios como su Señor, Rey y Amigo. Los miembros de la iglesia están unidos a él y entre sí. Son santificados por su presencia entre ellos, y ese vínculo es sellado mediante su presencia y su Palabra.

El Tabernáculo de Dios

Casi un tercio del libro del Éxodo se refiere al Tabernáculo, lo que indica su importancia. Éxodo 25 a 31 registra una pormenorizada descripción de su estructura, de las instrucciones acerca de su diseño y los materiales que debían ser utilizados, mientras Éxodo 35 a 40 describe cómo debía ser construido y la dedicación del Santuario para sus funciones sagradas. ¿Cuál es el significado de esta narración?

Lo más importante del Tabernáculo no era su mobiliario, aunque ello preparaba el escenario para lo que tendría lugar en el Santuario. Lo crucial era la actividad que allí se realizaba.

Eso podría compararse con las diferentes escenas de una obra teatral. Lo que se ve en el escenario indica al público si la historia transcurre durante el día o a medianoche, si ocurre en una ciudad, un palacio, un cementerio o un banquete de bodas; quiénes son los actores principales y muchos otros detalles. El escenario es importante para entender la trama y la obra. Del mismo modo, nuestra atención en relación con el Tabernáculo debe centrarse siempre en la obra en sí, no solo en el entorno, el mobiliario y el tipo de sacrificios, para ser así capaces de reconocer lo que allí se estaba representando. Debemos comprender el significado de todo ello. El Tabernáculo era una monumental lección objetiva del plan divino de redención.

Los servicios del Santuario representaban quién es Dios, los valores que defiende, cómo salva al pecador arrepentido, cómo se relaciona con el pecado y con las personas obstinadamente malvadas, cómo juzga y qué solución tiene para la definitiva erradicación futura del pecado. Todo lo que ocurría en el Santuario demostraba que la paz, la reconciliación y la armonía serían finalmente restablecidas.

Dios quería morar con su pueblo. El Tabernáculo era su morada terrenal, no porque él no estuviera ya con ellos o porque pudiera ser contenido en una estructura material, sino porque quería mostrar su presencia tangible y real a su pueblo y demostrarles que no estaban solos, abandonados o desamparados, sino que él cuidaba de ellos.

El apóstol Pablo afirma claramente que el Señor no vive en templos hechos por manos humanas (Hech. 17:24, 25), y Salomón declara solemnemente, después de construir un templo maravilloso para Dios en Jerusalén, que ni siquiera los cielos podrían contener al Señor: “¿Habitará ciertamente Dios con el hombre en la tierra? Si los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que he edificado?” (2 Crón. 6:18). Luego Salomón dice: “Oye el ruego de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando oren en este lugar. Desde el cielo, desde tu morada, oye y perdona” (2 Crón. 6:21). En su amor y misericordia, Dios condesciende a nuestro nivel e irrumpe en nuestro tiempo y espacio para estar con nosotros.

El deseo de Dios de morar con su pueblo estaba detrás de la orden de que construyeran un tabernáculo en el centro del campamento. El Señor declaró: “Que me hagan un santuario, y yo habitaré en medio de ellos” (Éxo. 25:8). No pasemos por alto la conjunción “y”, que aparece en el original hebreo en esta frase. Las buenas traducciones la incluyen, a diferencia de la fórmula causativa “para que”, aunque esta es también una traducción correcta. Esta “y” es exegética y teológicamente crucial. Dios no necesitaba el Santuario para estar o morar con su pueblo. Él estaba con ellos todo el tiempo, ya que el tema principal del libro del Éxodo es la presencia de Dios junto a su pueblo. Sin embargo, Dios utiliza más tarde la preposición hebrea *le* (“para que” o “que”) en Éxodo 29:46b, para destacar que el propósito del Santuario era que Dios estuviera cerca de su pueblo y les mostrara su presencia visible (Éxo. 29:42-46).

Cuando el glorioso templo salomónico fue destruido por Nabucodonosor y el pueblo fue enviado al exilio debido a su infidelidad (Dan. 9:4-20), Dios aseguró a su pueblo por medio del profeta Ezequiel que sería “un santuario [...] en las tierras adonde lleguen” (Eze. 11:16).

Dios dijo a Moisés que debía construir el Tabernáculo según el modelo del Santuario celestial que se le mostró en el monte Sinaí (Éxo. 25:9, 40; ver más acerca de esto en la sección COMENTARIO de la lección 13). El espacio más importante del Santuario era el Lugar Santísimo, cuyo objeto central era el Arca del Pacto, también llamada Arca del Testimonio (Éxo. 25:16), porque las palabras del testimonio de Dios, o Decálogo, debían ser colocadas dentro de ella (Éxo. 40:20). En la parte superior del Arca se encontraba una cubierta de oro puro llamada Propiciatorio (traducción del hebreo *kaporet*, de la raíz *kapar*, “expiar” o “cubrir”; *hilasterion*, en griego). Este era el lugar donde ocurría la reconciliación final entre Dios y los pecadores arrepentidos y se borraban los pecados confesados del pueblo de Dios. Aquí, Dios proporcionaba la solución definitiva al problema del pecado y del mal (ver

Lección 10 // Material auxiliar para el maestro

Lev. 16:15, 16, 30). Jesucristo es el *hilasterion*, o propiciatorio, quien asume las consecuencias de nuestros pecados y nos purifica de ellos (Rom. 3:25; 1 Juan 2:2).

APLICACIÓN A LA VIDA

1. Después de que Salomón construyó el Templo, Dios le dijo: “Y si mi pueblo que lleva mi nombre se humilla y ora, si busca mi rostro y se convierte de sus malos caminos, entonces oiré desde el cielo, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra” (2 Crón. 7:14). ¿Cómo podemos aplicar y practicar cuidadosamente este consejo divino como comunidad de fe?
2. ¿Qué obstaculiza nuestras oraciones, impidiendo que Dios escuche y responda nuestros pedidos de ayuda?
3. ¿Cómo renovamos el pacto de amor con el Señor durante la Santa Cena? ¿Necesitamos una ceremonia especial para hacerlo?
4. Jesucristo “se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). Una traducción literal de la última parte de este texto sería: “acampó entre nosotros”. ¿Cómo puede la encarnación de Jesús y su vida en la Tierra hacer que te sientas seguro de que él está contigo y comprende todos tus problemas y desafíos?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 32:31, 32.

Enfoque del estudio: Éxodo 32:1-35.

Introducción

Cuando Israel apostató, Moisés estaba con el Señor en el monte Sinaí. El pueblo amenazó de muerte a su hermano Aarón, por lo que este cedió a las exigencias de ellos y fabricó un ídolo. El pueblo entonces declaró: “Israel, este es tu dios que te sacó de Egipto” (Éxo. 32:4), rechazando así explícitamente al Señor como su Dios y rompiendo su pacto con él.

Es significativo que, antes del descenso de Moisés al campamento desde el monte Sinaí, el Señor le declaró que los israelitas se habían apartado de él y adoraban a un ídolo. Por lo tanto, Israel era ahora el pueblo de Moisés, y fue este quien los había liberado de Egipto. El Señor dijo: “Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido” (Éxo. 32:7). Anteriormente, el Señor, así como Moisés y Jetro, habían subrayado el hecho de que fue el Señor quien sacó a Israel de Egipto (Éxo. 3:8, 17; 12:17, 51; 13:3, 9, 14, 16, 18; 16:6, 32; 18:1, 10; 19:4; 20:2). Luego de la apostasía, Dios no se identificaba con los israelitas pues estos no lo reconocieron como su Señor. ¡Qué situación tan trágica!

Luego, el Señor ofreció convertir a Moisés en una gran nación (Éxo. 32:10). Moisés demostró la nobleza de su carácter al no considerar siquiera tal ofrecimiento. Su interés desinteresado por la prosperidad del pueblo se mantuvo firme; ninguna ambición personal podía alterarlo. Moisés intercedió por Israel y apeló al Señor señalando que fue Dios quien liberó a Israel, y se refirió a este como “tu pueblo que tú sacaste de Egipto con gran fortaleza, con mano fuerte” (Éxo. 32:11). Gracias a la intervención de Moisés, el Señor “desistió del mal que dijo que haría a su pueblo” (Éxo. 32:14). ¡Cuán poderosa es la oración intercesora!

Después de que Moisés regresó al campamento y vio la rebelión, rompió las dos tablas que contenían el Decálogo, las Diez Promesas que Dios le había dado, un acto que fue el signo externo de lo que los israelitas habían hecho cuando rechazaron al Señor como su Líder. Luego Moisés destruyó el becerro de oro. El pueblo estaba “desenfrenado” (Éxo. 32:25) incluso en presencia de Moisés, por lo que Dios tuvo que intervenir. Había que suprimir a quienes seguían obstinadamente en la rebelión, así que Dios ordenó por medio de Moisés que les dieran muerte. Esta drástica medida era necesaria; de lo contrario, el pueblo de Dios se habría sumido en una ruina irreversible (respecto de esta ejecución, leer *Patriarcas y profetas*, de Elena de White, pp. 333-338). Al día siguiente, Moisés ascendió nuevamente al monte Sinaí e intercedió por Israel, pidiendo al misericordioso Dios que perdonara a su pueblo por su malvado comportamiento.

COMENTARIO

La apostasía del becerro de oro y Aarón

Aarón podría haber evitado la apostasía del becerro de oro si se hubiera mantenido firme en favor de Dios y la verdad. No debería haber cedido a las exigencias idolátricas

del pueblo. Cuando se faltó el respeto a Dios y a su siervo Moisés, Aarón debió haber detenido inmediatamente el levantamiento. En cambio, escuchó a los rebeldes y propuso algo incorrecto. Durante la ausencia de Moisés, Aarón debería haber actuado como un líder firme aun al costo de su vida. Dios siempre interviene para defender su causa, y Aarón debería haber confiado en él.

La preocupación de Moisés por la prosperidad del pueblo de Dios se refleja en su pregunta a su hermano Aarón: “Dijo Moisés a Aarón: ‘¿Qué te ha hecho este pueblo, que has traído sobre él tan grande pecado?’ ” (Éxo. 32:21). El hecho de que Aarón cediera a peticiones equivocadas tuvo consecuencias trágicas. Para excusar su comportamiento, Aarón pretendió que había ocurrido un hecho milagroso: “Y yo respondí: ‘¿Quién tiene oro? Apártelo’. Y me lo dieron. Lo eché en el fuego y salió este becerro” (Éxo. 32:24). Aarón hizo referencia a la magia para calmar la ira de Moisés. El pecado ciega a las personas, que a menudo recurren a fabulaciones para encubrir su desobediencia.

“Con Aarón también el Señor se enojó en gran manera” (Deut. 9:20), pero su vida fue perdonada porque Moisés intercedió por él. Aarón se arrepintió sinceramente de este grave pecado, fue restaurado en su posición de liderazgo y más tarde fue ungido como sumo sacerdote (Éxo. 40:12-15). La gracia y la misericordia de Dios son asombrosas.

La oración intercesora

Hay cuatro clases o tipos básicos de oración. Una de ellas es la oración de alabanza o de acción de gracias, mediante la cual agradecemos a Dios por las cosas maravillosas que ha hecho. En este tipo de oración expresamos nuestra gratitud por quién es Dios y por lo que hace en nuestra vida y en la de su pueblo, alabando con alegría por sus numerosas bendiciones. Otra clase de oración es la de arrepentimiento, en la que pedimos humildemente perdón a Dios por nuestros pecados. La tercera clase de oración es de petición. En ella solicitamos cosas específicas, como sabiduría, el Espíritu Santo, alegría, amor, salud, paz, paciencia, dones espirituales, recursos financieros, alimentos, seguridad, protección, etc.

Por último, en la oración de intercesión no oramos por nosotros, sino por otras personas, pidiendo a Dios que intervenga misericordiosamente y les conceda bendiciones especiales o cosas necesarias, como orientación, conversión, hijos, padres, cónyuge, familia, prosperidad, éxito, etc. También podemos orar por los enfermos, perseguidos, heridos, pobres, estudiantes, colegas, bautismos, líderes, gobernantes, etc. La oración de Moisés era una oración de intercesión a causa del pecado.

La oración intercesora está rodeada de misterio. Por un lado, Dios hará todo lo posible por cada persona o grupo humano para salvarlos porque los ama. Por otro lado, la oración de intercesión permite a Dios hacer más por las personas en su situación concreta. Se trata de una paradoja, y no somos capaces de resolver esta tensión. La buena noticia es que no necesitamos hacerlo. No necesitamos saber con precisión cómo funciona la oración intercesora, pero la Palabra de Dios da testimonio de que funciona, y nuestra experiencia lo confirma. Lo que necesitamos es orar en respuesta obediente a las instrucciones divinas. No necesitamos entender todos los enigmas de la vida para poder orar, sino aceptar la conducción de Dios, confiar en él, seguirlo y orar.

Lección 11 // Material auxiliar para el maestro

Dios respeta las decisiones de las personas y nunca obliga a nadie a seguirlo, sino que garantiza la libertad. Sin embargo, se nos anima a orar por los demás, incluso por nuestros enemigos. Esta es otra aparente contradicción que somos incapaces de resolver o explicar porque no vemos los entretelones de las batallas espirituales. Solo podemos comprender vagamente esas confrontaciones cuando reflexionamos acerca de ellas en el contexto del Gran Conflicto, cuando observamos la guerra espiritual entre las fuerzas del bien y del mal, la verdad y la mentira, la luz y las tinieblas, Cristo y Satanás. Estos atisbos de comprensión nos ayudan a confiar en que nuestro Señor hará todo lo posible por salvar a todos.

Detrás de la cortina que separa el mundo visible del invisible existen reglas que regulan cómo interactúan los poderes del bien y del mal. Los teólogos hablan de que Dios “permite” actuar a Satanás. John Peckham llama a estas normas “reglas de enfrentamiento” (ver *Theodicy of Love: Cosmic Conflict and the Problem of Evil* [Baker Academic, 2018], p. 58). Dios permite actuar al Diablo, el cual tiene poder, pero limitado, en virtud de estas “reglas de enfrentamiento” (ver Job 1; 2:6). Estas reglas han sido decididas en el contexto del consejo celestial, donde están representados todos los seres celestiales, además de Dios y Satanás. Estas normas significan que Dios ha concedido a Satanás ciertas “autorizaciones” para demostrar plenamente cómo sería su “reinado”, permitiendo así que todos puedan comparar ambos lados del Conflicto.

Estas regulaciones también significan que Dios no siempre obtiene lo que desea (Isa. 30:15, 18; 66:4; Eze. 18:23; Mat. 7:21; 18:14; 23:37; Luc. 7:30). Además, Dios también está restringido en sus acciones, ya que no puede actuar en contra de estas reglas, pues es fiel a sus promesas. “Una auténtica relación de amor requiere la posibilidad de que las criaturas puedan rechazar la voluntad ideal de Dios” (Peckham, *Theodicy of love*, p. 139). Dios no restringirá nuestra libertad de elegir en qué lado del Conflicto queremos estar, pues eso impediría el desarrollo pleno del amor entre Dios y sus criaturas creadas. Somos incapaces de resolver esta aparente contradicción porque no vemos detrás del velo de ese conflicto espiritual. Sin embargo, Dios está comprometido “con el florecimiento del amor y las reglas del Pacto” (Peckham, *Theodicy of love*, p. 140).

Sabemos varias cosas acerca de Dios, pero algunas nos resultan ambiguas o desconcertantes. Pablo afirma que nuestro conocimiento es parcial e incompleto y que percibimos las cosas de manera imperfecta (1 Cor. 13:9, 12). Sabemos que Dios nos ama, nos salva y quiere salvar a todos. También sabemos que podemos confiar en él y depender de sus promesas, cuidado y ayuda. Sabemos que él quiere lo mejor para nosotros. Sabemos que escucha nuestras oraciones y que no podemos manipularlo. Sabemos que las oraciones son importantes y que Satanás tiembla cuando el pueblo de Dios ora, porque las cosas avanzan cuando lo hacemos. No entendemos por qué algunas oraciones son contestadas rápidamente, otras no tanto y algunas nunca, al menos según nuestras expectativas.

Dios nos invita a orar, no porque entendamos lo que ocurre entre bastidores o cómo son atendidas nuestras oraciones. No controlamos el resultado de nuestras oraciones, pero se nos invita a orar e incluso se nos ordena hacerlo. Cuando el pueblo de Dios ora, el reino del mal se hace añicos y la causa de Dios puede avanzar misteriosamente.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. ¿Cómo se explica que los seres humanos tengamos tan poca memoria acerca de las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros? ¡Con qué facilidad olvidamos eso! ¿Cómo podemos revitalizar nuestra experiencia con Dios y recordar en momentos críticos de nuestra vida la bondad de Dios para que podamos tomar decisiones correctas y no pecar contra él?

2. ¿Qué puede ser un becerro de oro en nuestra vida?

3. ¿Cómo podemos estar más atentos para ayudar a quienes necesitan nuestras oraciones? La oración hace que Dios pueda intervenir en nuestra vida y realizar milagros de transformación en nosotros y por nosotros.

4. Moisés oró por los pecadores y ofreció su vida por ellos. Este es un modelo de cómo debemos orar por quienes están entre nosotros y han pecado. Dialoga con tu clase acerca de diferentes situaciones y cómo podemos orar unos por otros en esos casos.

5. La oración intercesora de Cristo por sus discípulos y por nosotros es un modelo de cómo orar por los demás (lee Juan 17). Moisés no necesitó morir para que los pecadores pudieran experimentar el perdón. En el caso de Jesús, nuestro verdadero Intercesor, su muerte fue necesaria para nosotros. ¿Por qué?

6. ¿Cómo podemos orar unos por otros sin ser ofensivos o irrespetuosos?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 34:6, 7.

Enfoque del estudio: Éxodo 33:1-34:35.

Introducción

Dios ordenó a Israel que partiera desde el monte Sinaí y se dirigiera a la tierra que había prometido dar a Abraham, Isaac y Jacob (Éxo. 33:1). Los israelitas debían seguir adelante y continuar su viaje hacia la Tierra Prometida después de casi un año de permanencia en el Sinaí (Éxo. 19:1; Núm. 10:11), donde Dios hizo un pacto con ellos y deseó conducirlos hacia él. Les entregó el Decálogo y numerosas instrucciones adicionales acerca de cómo ser una nación sabia, justa, bondadosa, disciplinada y bien organizada (Deut. 4:5-10). Ahora era el momento de seguir adelante. Sin embargo, Dios dijo al pueblo: “Yo no subiré contigo” (Éxo. 33:3). Este pronunciamiento se debió a la apostasía del becerro de oro. La santa presencia de Dios en medio de Israel era incompatible con la obstinada desobediencia del pueblo y causaría la destrucción de este.

Cuando el pueblo se enteró de la devastadora noticia, se lamentó y “se despojaron de sus atavíos” (Éxo. 33:6). Algunas versiones bíblicas traducen este versículo correctamente, mostrando que la acción de despojarse de sus ornamentos fue a partir de entonces una decisión permanente: “Por eso, a partir del monte Horeb los israelitas no volvieron a ponerse joyas” (Éxo. 33:6, NVI). Una vez más, Moisés suplicó al Señor, rogándole que estuviera con ellos, que los guiara, que los acompañara y que, “si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (Éxo. 33:15). Dios respondió y aseguró a Moisés que él los guiaría: “Haré esto que has dicho” (Éxo. 33:17).

COMENTARIO

La revelación que Dios hizo de su carácter a Moisés es el corazón teológico del libro de Éxodo (Éxo. 34:6, 7). Se sitúa en el clímax de la ascensión de Moisés al Sinaí para tener allí un encuentro especial con él. Dios reveló su carácter a Moisés en el último de sus ascensos al monte, el tercero en el que permaneció cuarenta días y cuarenta noches con el Señor. Moisés estaba creciendo en su relación con Dios, por lo cual el Señor pudo darle una revelación más completa acerca de sí mismo y de quién era. Además de estos ascensos, Moisés interactuó con el Señor en la “tienda de reunión”, que estaba situada fuera del campamento de Israel. Esta tienda no era el Tabernáculo, que sería construido más tarde y colocado en el centro del campamento. El texto bíblico subraya que durante este tiempo surgió una amistad entre el Señor y Moisés, y que el Señor se comunicaba directamente con él “cara a cara” (Éxo. 33:11).

La expresión “cara a cara” no significa que Moisés veía literalmente el rostro de Dios (Éxo. 33:20), sino que su relación era muy estrecha y estaban unidos por un afecto muy profundo. Esta frase es una expresión idiomática que significa cercanía íntima. Este significado se desprende claramente de la situación descrita en Deuteronomio 5:4, donde, en su sermón a los israelitas, Moisés recuerda que el Señor habló directamente con ellos en estrecha proximidad: “Cara a cara habló el Señor con nosotros en el monte desde el

Lección 12 // Material auxiliar para el maestro

fuego” (Deut. 5:4). A pesar de la proximidad divina, el pueblo mantuvo lamentablemente una relación distante con su Señor.

La gloria de Dios

Cuatro temas son de suma importancia en el libro de Éxodo: (1) la presencia de Dios; (2) la salvación/liberación de Israel obrada por él; (3) la guía del Señor; y (4) la gloria de Dios. Este último tema es desarrollado especialmente en Éxodo 33 y 34.

En cierta ocasión, Moisés se dio cuenta de que no conocía al Señor como debía, así que le dijo: “Ya que gozo de tu favor, te ruego que me muestres tu camino, para que te conozca” (Éxo. 33:13). Puesto que deseaba humildemente conocer mejor a Dios, le pidió con determinación: “Te ruego que me muestres tu gloria” (Éxo. 33:18). Dios respondió amablemente a Moisés que le mostraría su bondad (Éxo. 33:19). Esta respuesta divina revela que la gloria de Dios consiste en su bondad. Más tarde vemos que, cuando Moisés estuvo con el Señor en el Sinaí, Dios le reveló su carácter (Éxo. 34:6, 7). En otras palabras, la gloria de Dios es su carácter, cuyo resumen es su bondad.

La frase “has hallado gracia” es una expresión clave en este pasaje (Éxo. 33:12-17). Aparece aquí cinco veces (Éxo. 33:12, 13; 33:16, 17; 34:9). El término “favor” o “gracia” fue usado antes en Éxodo para referirse a que el Señor daría gracia a los israelitas ante los egipcios, quienes les suministrarían oro, plata y vestiduras en el momento de su salida de Egipto (Éxo. 3:21; 11:3; 12:36). El sentido de Éxodo 33:12 al 17 es eminentemente teológico, especialmente en vista de Éxodo 34:6, donde se explica que Dios es “compasivo”, pues otorga gracia o favor que uno no merece. Moisés pidió humildemente una respuesta favorable de Dios como expresión de su gracia.

Dios había explicado previamente a Moisés quién era cuando este le preguntó el significado de su nombre. Moisés escuchó la explicación de Dios acerca de su significado, a saber, que (1) él está presente; (2) él es eterno; (3) él es el Dios de la historia; y (4) él está activo en favor de su pueblo (Éxo. 3:14-16). Moisés ya conocía a Dios como fruto de sus numerosas interacciones con él: el tiempo que pasó con el Señor en Madián, los milagros que se le habilitó a hacer ante el faraón, las maravillas de las diez plagas y el cruce del Mar Rojo, el cuidado de Dios en favor de su pueblo en el desierto, cuando escuchó a Dios hablar desde el Sinaí, etc. Moisés quería ahora entenderlo mejor. Estaba dispuesto a recibir una revelación más profunda de él. Dios puede revelarnos su carácter y la verdad solo en la medida en que seamos capaces de entender esa revelación. Moisés creció en su experiencia con Dios y, en consecuencia, el Señor pudo comunicarle una revelación mucho mayor acerca de sí mismo.

Moisés subió temprano al monte. Allí tuvo que preparar otras dos tablas de piedra porque había roto las originales (Éxo. 34:1). Esto fue una leve reprimenda a Moisés por lo que había hecho sin el permiso de Dios, pero el Señor volvió misericordiosamente a escribir las Diez Promesas en las nuevas tablas. El Señor se apareció a Moisés en la nube, lo cual fue una forma de teofanía, o manifestación divina. Las nubes funcionan a veces en la Biblia como manifestaciones tangibles de la presencia de Dios (Núm. 11:25; Deut. 33:26; Dan. 7:14).

El Señor hizo una revelación de sí mismo al declarar quién era. Se identificó como el Señor, un Dios compasivo y misericordioso, lento para airarse, abundante en amor y fidelidad, que muestra amor a miles de generaciones, que perdona y es justo. Pero la última parte de esta revelación divina desconcierta a muchos: “No da por inocente al culpable; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y los nietos hasta la tercera y cuarta generación” (Éxo. 34:7). ¿Por qué castigaría Dios a las personas hasta la tercera y cuarta generación? Este versículo se hace eco de la descripción de la segunda promesa de los Diez Mandamientos, según la cual el Señor visita o castiga “la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me aborrecen. Pero trato con invariable amor por mil generaciones a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxo. 20:5, 6).

Para entender este concepto, es necesario tener en cuenta los siguientes hechos:

1. En su declaración, Dios usó participios (es decir, acciones continuas) al describir a esas generaciones futuras que serían objeto de sus juicios, lo que significa que sus integrantes se caracterizarían por continuar en los mismos caminos perversos que sus padres (la generación anterior) y tener comportamientos y actitudes similares: “aborrecen” al Señor y, por lo tanto, son “culpables”. Por otro lado, nota que Dios bendice a quienes lo “aman” y “guardan” sus mandamientos.
2. Considera el contraste existente en la misericordia de Dios: castiga a la tercera y cuarta generación de los malvados, pero otorga su amor a miles de generaciones.
3. A menudo, tres o cuatro generaciones vivían juntas, por lo que las actitudes erróneas pasaban de una generación a la siguiente dentro de una misma familia. El profeta Ezequiel explica y corrige acertadamente la comprensión inadecuada de los castigos de Dios para con varias generaciones dentro de una misma familia (ver Eze. 18).

Cuando Moisés descendió del monte Sinaí, su rostro radiante reflejaba la gloria de Dios. Sin embargo, él no era consciente de ello. Las personas que brillan no saben que lo hacen. Cuanto más cerca estamos del Señor, más agudamente vemos nuestra imperfección a la luz de la santidad de Dios y más deseamos que él nos transforme a su imagen para que podamos reflejar la belleza de su carácter.

No fue la sola presencia de Dios lo que produjo el cambio en la vida de Moisés. Era importante que Moisés acudiera a la presencia del Señor, pero eso no era suficiente. Era crucial que Moisés tuviera una actitud receptiva hacia el amor, la gracia y la compasión de Dios. La comprensión que Moisés tenía de la bondad del Señor (Rom. 2:4; 12:1, 2) y su disposición a permitir que el poder transformador divino actuara en él hicieron resplandecer su rostro.

Cuando el apóstol Pablo reflexiona acerca del rostro resplandeciente de Moisés, subraya que la gloria de Jesús supera la de Moisés. Cuando centramos nuestra atención en Jesús y en sus enseñanzas, él puede reproducir su carácter en nuestra vida. Al contemplarlo y permitir que el Espíritu de Dios obre en nosotros, cada vez somos más semejantes a él (2 Cor. 3:18).

APLICACIÓN A LA VIDA

1. Parte del evangelio eterno es el imperativo divino de “dar gloria” a Dios (Apoc. 14:7). Dios es tan glorioso que no podemos añadir nada a su gloria. ¿Qué significa darle gloria cuando entendemos que su gloria es su carácter?

2. Jesús dijo a sus discípulos que ellos eran “la luz del mundo” y los animó a dejar que “alumbre la luz de ustedes” (Mat. 5:14, 16). Él identifica esta luz con nuestras buenas obras en favor de los demás. ¿Cómo contribuyen nuestras buenas obras a que las personas glorifiquen al Padre celestial?

3. Sabemos que existen dos tipos de luz, la fría y la cálida, a nuestro alrededor. La cálida proviene de las fuentes naturales de luz, el fuego y el sol. ¿Qué clase de luz somos para la gente que nos rodea? ¿Cómo podemos introducir la cálida luz del amor de Dios en todas nuestras relaciones interpersonales?

4. Moisés dialogó muy abiertamente con Dios. ¿Cómo podemos tener hoy conversaciones sinceras con Dios? ¿Cómo podemos escuchar claramente lo que él nos dice? ¿Cómo podemos estar seguros de que es su voz la que nos habla cuando hay tantas voces a nuestro alrededor?

5. Los amigos confían el uno en el otro, pues saben que sus secretos no serán revelados. También se ayudan y apoyan mutuamente en tiempos de necesidad o crisis. Los verdaderos amigos nunca se traicionan. Jesús dijo a sus seguidores: “Ustedes son mis amigos” (Juan 15:14, 15). ¿Cómo podemos cultivar nuestra amistad con Dios?

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Éxodo 40:34, 38.

Enfoque del estudio: Éxodo 35:1-40:38.

Introducción

Antes de que los israelitas comenzaran a preparar el Tabernáculo, se les recordó el mandamiento acerca del sábado y se los instruyó específicamente acerca de cómo observarlo (Éxo. 35:1-3). Incluso mientras trabajaban en el Santuario, las personas debían respetar y celebrar el “sábado de completo reposo en honor del Señor” (Éxo. 35:2).

Dios mostró a Moisés un plano del Tabernáculo e instrucciones acerca de cómo construirlo (Éxo. 25-31). Había llegado el momento de ello. Cuando fue reunido todo el material necesario (Éxo. 35:4-29; 36:4-7), los artesanos (incluyendo mujeres; ver Éxo. 35:25, 26) fueron dotados del Espíritu de Dios para trabajar en el Santuario con habilidad y destreza artística (Éxo. 35:30-36:4). Entonces comenzó la construcción. Si se incluye el trabajo diligente en la confección de varias prendas de vestir, hubo que preparar diez elementos principales: (1) el Tabernáculo (Éxo. 36:8-38); (2) el Arca (Éxo. 37:1-9); (3) la mesa (Éxo. 37:10-16); (4) el candelabro (Éxo. 37:17-24); (5) el Altar del Incienso (Éxo. 37:25-28); (6) el aceite de la unción y el incienso (Éxo. 37:29); (7) el Altar del Holocausto (Éxo. 38:1-7); (8) la fuente para el lavamiento de las manos (Éxo. 38:8); (9) el atrio (Éxo. 38:9-20); (10) las vestiduras sacerdotales, el efod, el pectoral y otras prendas de vestir (Éxo. 39:1-31).

En Éxodo 38:21 al 31 se enumera el material utilizado (más de una tonelada de oro, unas 3,75 toneladas de plata y unas 2,5 toneladas de bronce). Moisés inspeccionó todo el trabajo del Tabernáculo y comprobó que había sido hecho “todo lo que el Señor mandó” (esta frase se repite tres veces para enfatizar la precisión y la obediencia a las indicaciones divinas; Éxo. 39:32, 42, 43). Moisés se sintió muy complacido por el trabajo realizado y bendijo a todos los trabajadores (Éxo. 39:43).

El Tabernáculo debía ser erigido el primer día del primer mes, según las instrucciones de Dios (Éxo. 40:1, 2), casi un año después de que los israelitas salieron de Egipto (Éxo. 12:2, 6; 40:17). Cuando la gran tienda estuvo lista, varios sectores especiales fueron acondicionados dentro y fuera de ella, empezando por el Lugar Santísimo y terminando por el patio, o atrio. Cada espacio estaba delimitado por una cortina (se mencionan tres cortinas diferentes en Éxo. 40:3, 5, 8, 21, 28, 33).

COMENTARIO

La presencia de Dios

El tema principal de esta sección de Éxodo relacionada con el Tabernáculo es la presencia de Dios. El Señor pidió a su pueblo que construyera el Santuario pues deseaba morar de manera tangible junto a él. Dios quería estar cerca de su pueblo para que este pudiera contemplar su gloria (*shekinah*). Los israelitas eran guiados por Dios de manera visible mediante la nube durante el día. Esta misma nube se convertía en una columna de fuego por la noche. Cuando la nube se elevaba sobre el Tabernáculo, los israelitas

retomaban la marcha (Éxo. 40:36-38). Si Dios los abandonaba, estaban condenados al fracaso, la destrucción y la muerte.

El punto culminante de la construcción del Tabernáculo fue el hecho de que “la gloria del Señor llenó el Santuario” (una expresión utilizada dos veces en Éxo. 40:34, 35 como recurso enfático), representada por la nube como señal visible de la presencia de Dios. El Tabernáculo lleno de la gloria de Dios constituye un clímax y una conclusión muy apropiados para el libro de Éxodo (Éxo. 40:34, 35) y debería motivar a cada creyente a cultivar la presencia de Dios en su vida.

Llenos del Espíritu de Dios

El Señor no solo proveyó el plano del Santuario y ordenó a los israelitas que lo construyeran, sino también “llenó” al pueblo con su Espíritu (Éxo. 31:3; 35:31) para que fueran capaces de realizar la tarea (Éxo. 31:1-11; 35:30-36:1). ¿Qué significa estar lleno del Espíritu Santo? El texto bíblico ofrece una respuesta clara: El pueblo estaba lleno de sabiduría y conocimiento, y estaba dotado de habilidades, destrezas y capacidades artísticas para realizar todo tipo de artesanías y diseños con metales preciosos, piedra, madera y telas para la construcción del Santuario. No se trató de algo mágico o misterioso. No hubo entes invisibles o poderes que tomaron posesión de aquellas personas, sino que el Espíritu Santo concedió habilidades y capacidades artísticas que hicieron posible el avance de la obra de Dios consistente en proclamar su verdad y su misión. Esta habilitación divina fue la experiencia de Bezaleel, Aholiab y otros artesanos. Cuando el Espíritu del Señor se hace presente en las personas, las capacita para hacer progresar la causa divina.

Lo mismo sucede cuando “el Espíritu de Dios viene sobre” una persona. Esa frase aparece por primera vez en la Biblia en relación con Balaam (Núm. 24:2), lo que significa que el Espíritu Santo le dio una revelación especial y lo hizo capaz de profetizar.

En el libro de Jueces, la frase “el Espíritu del Señor vino sobre” se utiliza siete veces en relación con diferentes jueces [Otoniel (Juec. 3:10), Gedeón (Juec. 6:34), Jefté (Juec. 11:29) y Sansón (Juec. 13:24, 25; 14:5, 6, 19; 15:14)], y se refiere al poder del que fueron dotados por el Señor para proteger a su pueblo y realizar la obra de Dios. En el Nuevo Testamento, la acción de recibir al Espíritu Santo o de ser bautizado por él tiene un significado similar (Mat. 3:11; Mar. 1:8; Luc. 3:16; Hech. 2:38).

El Santuario terrenal y el celestial

El Señor ordenó a Moisés que construyera un santuario según el modelo (hebreo: *tabnit*; Éxo. 25:9), o plan (hebreo: *mishpat*, literalmente “juicio”; Éxo. 26:30) que le mostró en el monte Sinaí. Este modelo era una representación en miniatura del Santuario celestial, adaptado a nuestra situación y condición humanas, pero modelado según el original celestial (Heb. 8:1, 2).

El Santuario terrenal no era literalmente una copia física exacta del celestial. El apóstol Pablo explica la diferencia entre ambos santuarios al mencionar que el terrenal era solamente una sombra de la realidad celestial: “un Santuario que es copia y sombra del que está en el cielo” (Heb. 8:5). Esta ilustración es muy apropiada. La sombra de una persona

Lección 13 // Material auxiliar para el maestro

es tan real como ella. Sin embargo, es una representación muy pobre de la persona que la proyecta. En el mejor de los casos, puede permitir a un observador determinar si quien la proyecta es un hombre o una mujer, si es una persona alta o baja, obesa o delgada, y especular acerca de otras características externas. Pero la sombra de una persona no revela nada acerca del pensamiento, las emociones, los objetivos, los conocimientos, el trabajo, la posición, las metas, los sueños, los planes o las decepciones de una persona. Este ejemplo es suficiente para demostrar que no debemos amoldar el Santuario celestial a nuestro pensamiento, conocimiento y experiencia limitados.

El Templo celestial original no es comparable con nada en lo que respecta a sus medidas, disposición y materiales constitutivos, ya que es un lugar donde Dios reside; es el palacio donde él tiene su Trono (Jer. 17:12), un lugar de reunión y adoración para el universo (Isa. 14:13), el centro celestial de mando desde donde se emiten sus juicios (Sal. 11:4, 5; 18:6; 57:3; 76:8; 102:19; 123:1). El Santuario celestial es tan real como Dios, los ángeles y el Cielo.

Los rituales que se celebraban en el Santuario terrenal eran un aspecto muy importante de la salvación, pues ilustraban la manera en que Dios salva a los seres humanos y trata con el pecado y los pecadores. Los servicios diarios otorgaban al creyente individual el perdón y la seguridad de la salvación. Los servicios anuales representaban la solución objetiva y final para el problema del pecado. Como resultado de ello, el carácter amoroso, veraz y justo de Dios será exaltado, reivindicado y reafirmado por todo el universo en respuesta a la revelación y la demostración que Dios ha hecho de su amor. Todas las criaturas reconocerán su gloria, soberanía y poder. Él será reconocido como digno de la alabanza de todo ser por su bondad y justicia, y toda persona se inclinará ante él con total admiración (Fil. 2:9, 10; Apoc. 15:4). Todos sin excepción proclamarán que Dios es amor.

APLICACIÓN A LA VIDA

1. ¿Insiste Dios en algún prerequisite o condición que deba ser cumplida para poder recibir el don del Espíritu Santo? Presta mucha atención a la declaración de Pedro en su sermón de Pentecostés: “Arrepíentanse, y sea bautizado cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados. Y recibirán el don del Espíritu Santo” (Hech. 2:38). ¿Qué significa esta promesa para ti?

2. Muchos oran pidiendo el Espíritu Santo como si se tratara de algo que pueden poseer para su uso personal, pero el Espíritu Santo desea poseernos a fin de equiparnos y usarnos para el servicio. Recuerda que cada creyente tiene al menos un don espiritual para servir a los demás. ¿Qué don recibiste de Dios?

3. ¿Qué dones espirituales necesitas para ser más útil a Dios, a su iglesia y a la sociedad en general?

4. ¿Cómo podemos cultivar la presencia de Dios en nuestra vida? ¿Qué actividades pueden obstaculizar el gozo de su presencia o privarnos de ella?

5. ¿Por qué es tan importante erradicar el pecado y el mal de la Tierra para restaurar la armonía original?

6. ¿Sería posible controlar el mal si Dios no lo eliminara, sino que permitiera su existencia por la eternidad? Desarrolla tu respuesta.

7. Si el mal es autodestructivo, ¿cuánto tiempo existiría sin la intervención de Dios para eliminarlo?



MOMENTO DE TODO MIEMBRO, INVOLUCRADO

¿Qué es Todo miembro, involucrado?

Todo miembro, involucrado (TMI) es un programa mundial de evangelismo a gran escala que involucra a cada miembro, cada iglesia, cada entidad administrativa, cada tipo de ministerio de evangelismo público, como así también la testificación personal e institucional.

Es un plan intencional de ganancia de almas que sigue un calendario preestablecido en busca de descubrir las necesidades de las familias, los amigos y los vecinos. Luego, comparte cómo Dios suple cada necesidad, llevando al crecimiento de la iglesia y la plantación de nuevas iglesias, con un enfoque en retener, predicar, compartir y discipular.

CÓMO IMPLEMENTAR TMI EN LA ESCUELA SABÁTICA

Dedica los primeros 15 minutos* de cada lección para planificar, orar y compartir.

TMI INTERNO: Planifiquen visitar, orar y cuidar de los miembros ausentes o dolidos, y distribuyan territorios. Oren y comenten cómo pueden ministrar las necesidades de las familias de la iglesia, a los miembros inactivos, tanto jóvenes como hombres y mujeres, y las diversas maneras en que pueden lograr que toda la familia de la iglesia participe.

TMI EXTERNO: Oren y comenten maneras de alcanzar a su comunidad, su ciudad y el mundo, cumpliendo con la comisión evangélica de sembrar, cosechar y conservar. Involucren a todos los ministerios de la iglesia al planificar proyectos de ganancia de almas a corto y largo plazo. *TMI* tiene que ver con actos intencionales de bondad. Aquí hay algunas maneras prácticas en las que puedes involucrarte personalmente: (1) Desarrolla el hábito de descubrir necesidades en tu comunidad. (2) Haz planes para suplir esas necesidades. (3) Ora por el derramamiento del Espíritu Santo.

TMI PERSONAL: Estudio de la lección. Anima a los miembros a estudiar la Biblia individualmente; haz del estudio de la Biblia en la Escuela Sabática algo participativo. Estudien en busca de transformación, no de información.

TMI	TIEMPO	EXPLICACIÓN
Camaradería Testificación Misión mundial	15 min	Orar, planificar, organizar para la acción. Cuidado de miembros ausentes. Planificar actividad misionera. Ofrenda misionera.
Estudio de la lección	45 min	Involucrar a todos en el estudio de la lección. Hacer preguntas. Resaltar los pasajes clave.
Almuerzo		Planifica un almuerzo con la clase después del culto. ¡LUEGO SALGAN A MINISTRAR Y TESTIFICAR!